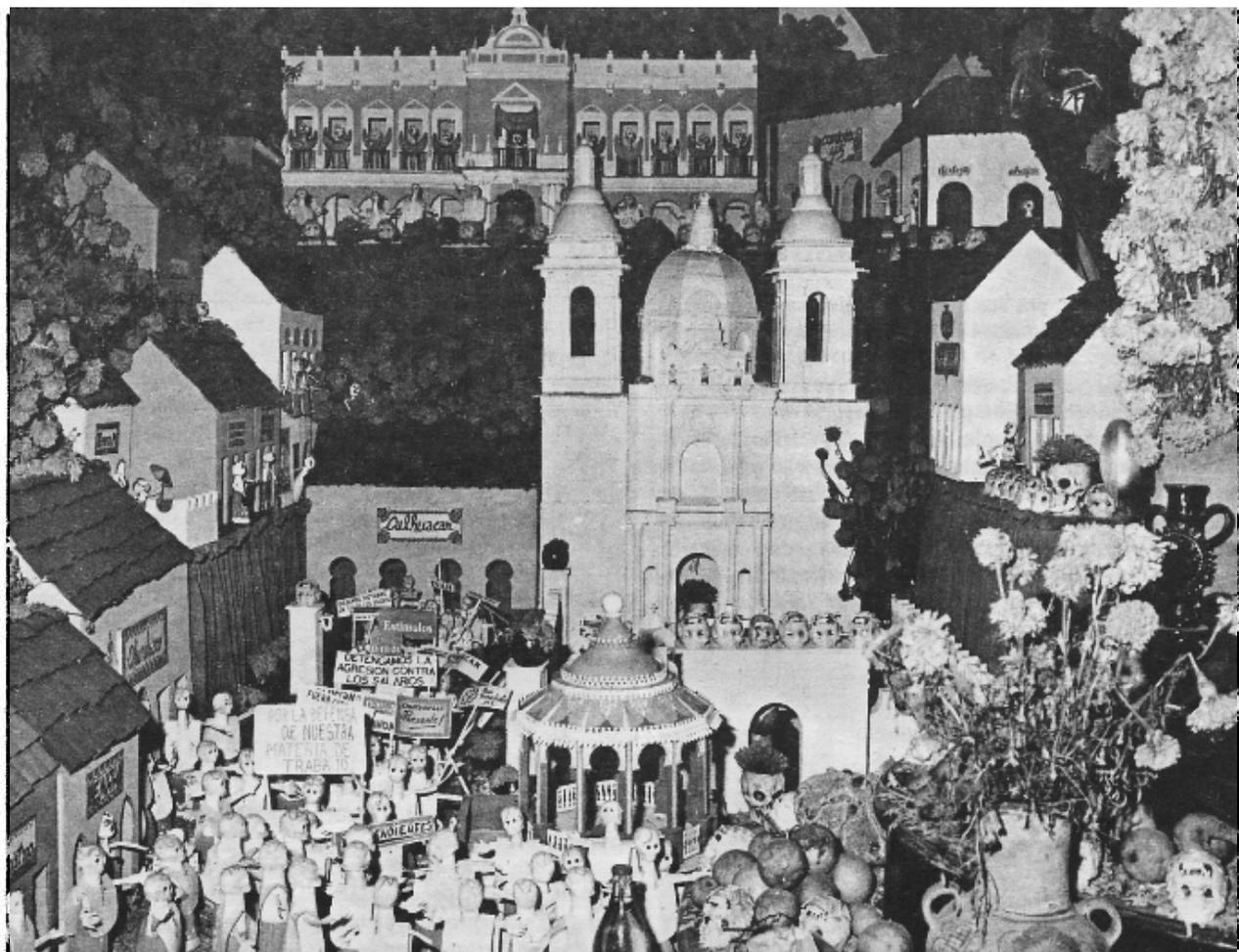


Antropología suplemento

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 15-16 ≈ Julio-Octubre 1987



Ofrenda elaborada por los trabajadores del INAH, en Córdoba 45. Fotografía: Rafael Chávez Martín

Barro, pan y recuerdo. *Ofrendas a los muertos*

Durante el mes de noviembre, con motivo de la celebración del Día de Muertos, el Museo Nacional de Antropología preparó la muestra **Barro, pan y recuerdo. Ofrendas a los muertos**.

Los antropólogos Efraín Cortés Ruiz, Jorge Gómez Poncet, Plácido Villanueva Peredo, y la etnóloga Beatriz M. Oliver Vega, del Departamento de Etnografía del Museo, tuvieron a su cargo la investigación de los temas presentados; la museografía, el profesor Mario Vázquez, Jefe del Departamento de Museografía.

Dada la trascendencia de la muestra, el arqueólogo Roberto García Moll, Director del Museo Nacional de Antropología, solicitó a la edición del *Boletín Antropología* la divulgación de los textos utilizados en el catálogo de la exposición.

Introducción

Días de Muertos es uno de los acontecimientos religiosos de mayor importancia dentro del ciclo de festividades anuales. Cada una de las poblaciones del México actual cuenta con tradiciones y formas de expresar su concepción del culto a la muerte.

Este escrito expone cuatro ofrendas familiares que van desde la más tradicional hasta la más elaborada, y hace hincapié en un elemento que se coloca en las ofrendas con mayor o menor profusión: el pan.

De las primeras destacan las prácticas funerarias que lleva a efecto el grupo cora de Nayarit, en las cuales se entremezclan las tradiciones prehispánicas y católicas. Para los coras, el hombre es una entidad dual —cuerpo y alma— quien al morir, su espíritu permanece cerca de su casa para recibir de sus familiares el homenaje póstumo que consiste en depositar sobre el sepulcro objetos personales, comida y agua para asegurar su viaje al inframundo.

Algunos muertos, por sus hechos y poderes sobrenaturales, son deificados y relacionados en muchas ocasiones con los dioses de la lluvia.

Por su mitología y sus creencias, los coras mantienen tradiciones de un probable origen prehispánico.

Asimismo entre el grupo mixteca de Xayacatlán de Bravo, estado de Puebla, persisten mitos que justifican las ofrendas en honor de las almas de los difuntos. Para los habitantes de este lugar, el alma guiada por un tecolote viaja al inframundo por un camino lleno de peligros. La residencia final de los muertos es un lugar donde se realiza todo tipo de actividades cotidianas.



Año con año, se cree que los muertos retornan a sus hogares, donde se les recibe con la casa adornada y ofrendas.

En las poblaciones de Izúcar de Matamoros y Huaquechula, ambas del estado de Puebla, las tradiciones involucran a la familia o a la comunidad; la parafernalia de los días de difuntos está ligada a una serie de actividades rituales entre las que sobresalen las tan elaboradas y costosas ofrendas.

Los altares domésticos combinan los productos agrícolas como flores y frutos, con los candelabros ornamentales, uso de luces, profusión de sedas, terciopelos y papel picado.

Se cree que las ánimas regresan a degustar el olor de los alimentos, el humo del copal y el perfume de las flores. Cuando éstas regresan al lugar donde descansan, los vivos aprovechan las viandas, frutos y comestibles que han cumplido con su función.

De los alimentos preparados especialmente para servir de ofrenda ritual, destaca por su importancia ritual, el pan. Elemento que no falta en la gran mayoría de los altares domésticos.

La elaboración del pan presupone un conocimiento antiguo, desde el cultivo, hasta la construcción de hornos, así como una serie de actividades únicas.

El "pan de muerto" es sólo para esta época, con una variedad de formas y decoraciones. Si bien el trigo es el elemento básico, los elementos que lo componen pueden variar.

Existen personas dedicadas exclusivamente a la preparación del pan. En algunos casos su elaboración es de carácter familiar; en otros, el pan comercial cede su lugar al "pan de muerto".

El recoger datos e informaciones referentes a estos aspectos de la festividad de muertos, enriquece las posibilidades de comparación entre nuestra óptica, con otras. Por esto el Departamento de Etnografía del Museo Nacional de Antropología presenta cuatro expresiones del Día de Muertos.

LA MUERTE ENTRE LOS CORAS

El presente artículo pretende ofrecer algunas ideas generales que, acerca de la concepción de la muerte, se han gestado en el devenir cultural del grupo cora. Dichas concepciones y prácticas funerarias fueron recogidas por los primeros religiosos misioneros que intentaron su evangelización en los siglos XVII y XVIII. El conocimiento de este mismo aspecto en los siglos XIX y XX, se debe a investigadores interesados por razones etnográficas.

La ideología sobre la muerte, recopilada en el siglo XVII



por el padre Arias, antes de la conquista de este grupo y la colectada por el padre Ortega después de su conquista acaecida en el año de 1722, creemos pueden ser la continuidad de las creencias funerarias prehispánicas o cuando menos presentar ciertas similitudes. En cambio, en las prácticas ceremoniales fúnebres de los siglos XIX y XX se nota ya la influencia cristiana, pero también es clara la persistencia de las prácticas tradicionales.

Ubicación

La población indígena del grupo cora con más de diez mil habitantes, diseminada fundamentalmente en pequeñas rancherías al norte del estado de Nayarit, en la Sierra Madre Occidental ocupando una superficie abrupta aproximada de 4 912 kilómetros cuadrados, se agrupa en la actualidad para su administración política y religiosa interna, en centros ceremoniales, que algunas veces son pequeños pueblos con una traza irregular. Dichos centros ceremoniales son Jesús María, San Francisco, Mesa del Nayar, Santa Teresa, Saycota, San Blasito, el Rosarito, San Juan Corapan y San Pedro Ixcatán, capitales que a su vez están relacionadas en algunos aspectos de la vida nacional, a las cabeceras municipales de El Nayar, Ruíz, Rosamorada y Aca-poneta.

Durante la época prehispánica y por varios siglos, los coras estuvieron desunidos sin formar un solo país ni gobierno. Fue hasta fines del siglo XV que Nayarit, famoso caudillo cora, organizó las tribus y fundó el señorío de Huacica o de Xécora. Es el nombre de este personaje, el adoptado desde 1917 para el estado de Nayarit.

Los coras fueron conquistados hasta el año de 1722 y el régimen colonial español impuso a su territorio el nombre de Nuevo Reino de Toledo.

Hoy día, el habitat cora presenta los siguientes límites: por el sur el Río Grande de Santiago, hacia el norte la Sierra de Durango, al este el río Jesús María y al oeste el río San Pedro. Contiene como es natural en una sierra intrincadísima, hondonadas, mesetas y picachos, diversos climas, varios bosques y una fauna aérea, acuática y terrestre, ya poco abundante.

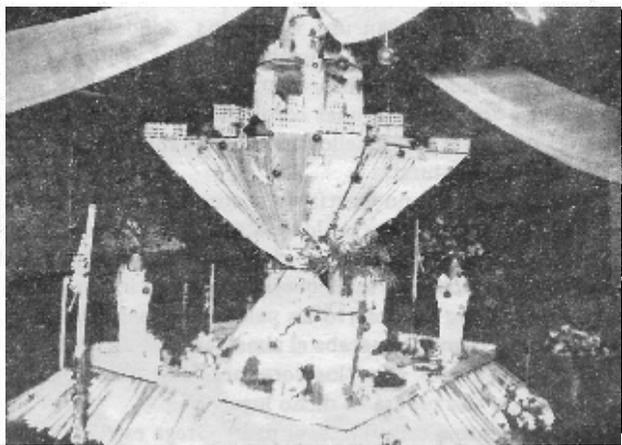
Concepción sobre la muerte en la época colonial

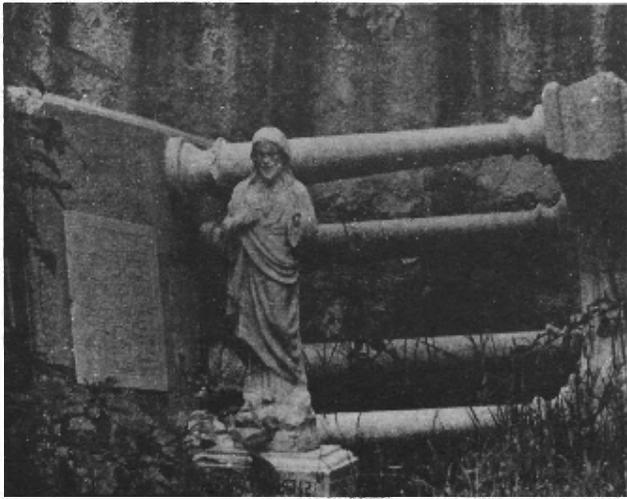
Según Fray Antonio Arias de Saavedra, quien sirvió varios años a partir de 1656 en la doctrina de Nuestra Señora de la Asunción de Acaponeta, Nayarit, e hizo de este lugar varias entradas a la sierra antes de la conquista de los coras en 1722, éstos creían en la inmortalidad del alma. Decían que se iba con el Dios Sol al cielo al morir la persona, por ello nunca pidieron a su Dios mantenimientos para el más allá; pero si esa gloria fuera escasa, de todos modos les ponían viandas a los adultos y niños en los sepulcros, los cuales eran covachas; la comida que les dejaban era diferente para que no padecieran hambre en la otra vida, en la cual creían también que los muertos trabajaban, por eso a las mujeres les ponían en los sepulcros sus instrumentos de trabajo, como malacates, metates, etc. y a los hombres les ponían machetes, coas y hachas.

En otras ideas acerca de la muerte, el padre Arias nos informa que en el siglo XVII los coras creían que los difuntos resucitaban al tercer día, y quedaban invisibles entre la población hasta la resurrección de la carne, de la que ya tenían noticia. Referente a esta creencia pensamos que pudo haber sido influencia de grupos indígenas vecinos ya evangelizados.

El sol, a quien muchos coras todavía llaman "Nuestro Padre" era en el siglo XVII, el que mandaba las enfermedades y disponía la hora de la muerte. Para anunciar a la gente la enfermedad o la muerte, utilizaba al colibrí como su mensajero, quien se presentaba a las puertas de las casas de las personas elegidas y piando les anunciaba la decisión de "Nuestro Padre".

Por esta misma época, según el padre Ortega, luego que mo-





ría un cora, sus parientes más cercanos manifestaban sus sentimientos y pesares poniéndose en luto, el cual mostraban cortándose el pelo como se lo cortaba la mujer que había perdido la flor de la virginidad en el matrimonio. El cadáver era envuelto en una manta, con su arco y carcaj si era hombre; si era mujer, la envolvían con su telar y huso, enseguida se les colocaba en una cueva que previamente habían escogido cuando vivían. Sepultado el cadáver se pensaba que el difunto volvería a su hogar a ver lo que había dejado y por el temor que les producía el sentir en alguna forma su presencia, le ponían sus más estimadas pertenencias en la puerta de la casa, para que ahí las mirara y no entrara en la casa, la cual era rondada por el alma sin querer abandonarla; por esta razón los familiares más allegados contrataban los servicios de algún chamán, quien mediante un pago, a los cinco días del deceso, llegaba a la casa del muerto para ahuyentar el alma perturbadora con sus conjuros. El ritual consistía en que con la pipa encendida, el chamán a quien Ortega llama hechicero, aspiraba y lanzaba el humo por los rincones de adentro y de afuera de la casa, para extirpar el alma del lugar, además iba espantando con unas ramas de árbol de zapote, las cuales al agitarse producían un zumbido que ayudaba a localizar el alma. Una vez hallada por el chamán y avisados los familiares del lugar donde se encontraba, era conjurada para que se fuera al lugar de su descanso eterno.

El alma así lanzada de su casa iba al lugar de los muertos, al que los coras llamaban *Mucchita*, el inframundo, donde las almas se dejaban ver de día en figura de moscas, buscando qué comer, de noche bailaban en su propia figura. Este lugar se ubicaba en un cerro lleno de cuevas, cerca del Real del Rosario, donde las almas pasaban una vida plena, donde no padecían ninguna pena, ni tampoco deseaban volver a vivir. El cerro y las almas pobladoras estaban custodiadas en su derredor por moradores que llevaban unas coronillas de cabello. A esta región arribaban todos aquellos seres que habían terminado su vida de muerte natural.

Hasta esta época no existía entre los coras la creencia en la muerte permanente, pues cualquiera podía rescatar el alma que quisiera de *Mucchita*, la cual se reintegraba en su persona para seguir viviendo con sus seres queridos; pero la imprudencia de un individuo que no observó las pautas habituales, que tenían que acatarse cuando se sacaba el alma del lugar de los muertos, hizo que la muerte entre los coras acaeciera para siempre; él había sacado a su esposa de dicho lugar.

Concerniente a estas ideas, el padre Orega escribió en el siglo XVII:

Vivía éste en el río Santiago, casado y dejando cierto día a su mujer buena y sana se fue a buscar sal a la costa de Tierra Caliente y ya de vuelta la encontró en el camino; y aunque le requirió ¿a dónde iba? Ni le habló palabra, ni se detuvo; siguióla el marido dejando sobre una peña un tercio de sal que traía cargado y vio que se entraba en *Mucchita* de que adivinó lo que había sucedido, empezó a llorar su viudez; acertaron a pasar por allí los custodios de aquél infierno y les contó sus desconsuelos. Compadecidos aquellos personajes de sus lágrimas, le dieron unas varillas, diciéndole que a la noche cuando saliera a bailar, la flechara con una de ellas y que si acertaba a herirla lograría que ella le reconociese y volverla a su casa. Pero que advirtiera que había de llevarla con especial cuidado hasta llegar a su tierra; donde había de tratarla blandamente, sin gritarle o reñirle, hasta que con el tiempo cobrara fuerza aquella alma; porque al eco solo de una voz alta moriría eternamente y no podría ya ni él ni otro sacar de aquel lugar alma alguna. El indio cogió las varillas y luego que vio a su mujer bailando acertó a flecharla en una pantorrilla, con que ya conoció al marido; llevóla éste con el cuidado que se le había advertido. Al llegar a su casa supo cómo había muerto el mismo día que la encontró.

Para festejar el regocijo de su resurrección convidó a todos sus parientes; y como el paradero de todos los convites era la embriaguez abrió las botijas para que bebieran todos. Por ser el que estaba más alegre, repetía más los brindis hasta que resultó lo que otras veces prorrumpir en aquellas furias que provoca el vino, dando tales gritos que llegaron a oídos de aquella alma tierna; quien sólo de este achaque murió por segunda vez y se fue a *Mucchita*; donde yace eternamente sepultada. [Ortega 1944:29-30]





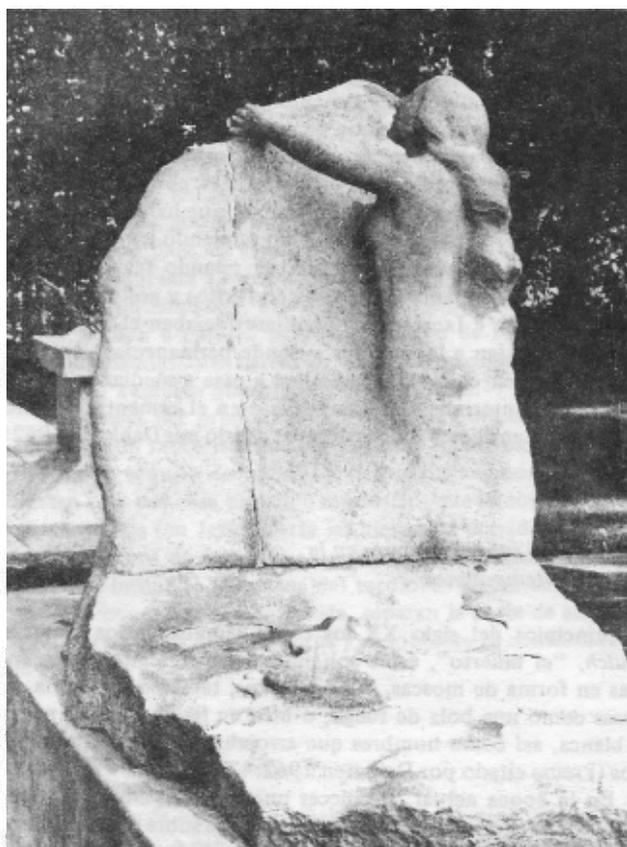
El mismo autor en sus averiguaciones de la época nos relata que cuando morían los niños lactantes de muerte natural, se sepultaban también en las cuevas y sus almas iban al cielo, para que pudieran llegar al lugar de su descanso, a *Mucchita*, las madres les untaban los labios con leche de su pecho.

El padre Ortega menciona que para los coras existía otra región, la Región del Aire, a la cual imaginaban iban aquellos de muerte violenta, a quienes llamaban *merit*, de tal manera pensaban, cuando solía caer alguno de esos globos de luz, que era un *merit* el cual venía a espantarles.

Conviene aclarar que ninguno de los autores consultados, detalla cuándo sobrevénía la muerte violenta, pero probablemente fueran los asesinados, ya que, actualmente pudimos observar en el panteón de Santa Teresa, una sección hacia el oriente, donde se sepultan los "matados".

La formulación de la siguiente noticia de Ortega, también hace pensar que los asesinados son los de muerte violenta, quizá entre otros; ya que dados a la costumbre de beber frecuentemente se embriagaban y cuando el vino comenzaba a perturbar las cabezas, se ofrecían los agravios, los cuales se resolvían por las armas; aunque los coras manejaban con destreza el arco, las flechas y las hondas, preferían usar en sus sangrientos combates el alfanje o machete corto, que siempre traían envainado al cinto o bien colgado del brazo. Pasada la lid a quien resultara muerto o herido, sus parientes, en recuerdo de la ofensa, mojaban un lienzo en la sangre que vertían las heridas, la que sólo podía borrar la venganza quitándole la vida al agresor o a alguno de sus familiares aun cuando no fueran culpables.

Los coras tenían sus ideas propias acerca de los difuntos, parece ser que por su experiencia, sabiduría y juicio ensalzaban a ciertos hombres hasta llegar a deificarlos cuando morían, tal era el caso de los ancianos y de los niños lactantes; pero no obstante el haber sido deificados, como mortales que eran, la diferencia con los dioses, es que aquellos no volvían jamás sobre la faz de la tierra en la misma forma. Los muertos deificados poco a poco se iban incorporando a las deidades inferiores de la naturaleza: los *tacuate* conocidos como dioses de la lluvia, estaban hechos de algodón en rama y para ellos había sido creada la tierra; a este grupo ingresaban los ancianos difuntos, los *tavauxsimoa*, es decir, los chamanes que allá harían el papel de maestros de *ceremonias* en las fiestas. Según Dahlgren (1962:



47) cerca de Jesús María, en las cuevas del cerro Huaco, estaban sentados los ancianos transformados en dioses. A los niños de crianza que morían, los sepultaban envueltos en algodón, les ponían palmas y también coronas de danzantes.

El ejemplo más ostensible de deificación es el del rey Nayarit personaje controvertido quien fue sacerdote del Sol y caudillo defensor de la nación cora desde el año de 1500, gobernó de 124 a 126 años, después de acaecida su muerte, a los 144 ó 146 años de edad; fue deificado y venerado su cadáver, e inmediatamente se levantó un templo en Tzacaymuta, abajo del templo del Sol. Ortega refiere que se le puso sentado en una silla, su complexión era corpulenta y proporcionada, como adornos especiales ceñía la frente con una cinta de plata, en la cintura un cinturón de plata, suspendida del mismo una espada que le había regalado el capitán español Caldesa.

Arias de Saavedra apunta que había además en el templo erigido a Nayarit, otros cuerpos también divinizados, a los que se les ofrecían manjares como pescado, carne, sal; algunos objetos como platos, jícara, arcos, flechas, plumeros, todo género de frutos y semillas. En ocasiones se ofrecía carne humana, obtenida de las cabezas que cortaban a los prisioneros guaynamotecos o habitantes de Guaynamota, con quienes sostenían frecuentes guerras, para procurarse la sangre que debían echar en una cisterna, para brindarla además de aquellos personajes deificados, al sol: Ortega explica que se usaban dos pichellas, una de plata y otra de estaño para ofrecer la sangre de venados y de guaynamotecos.

Concepción sobre la muerte en el siglo XIX

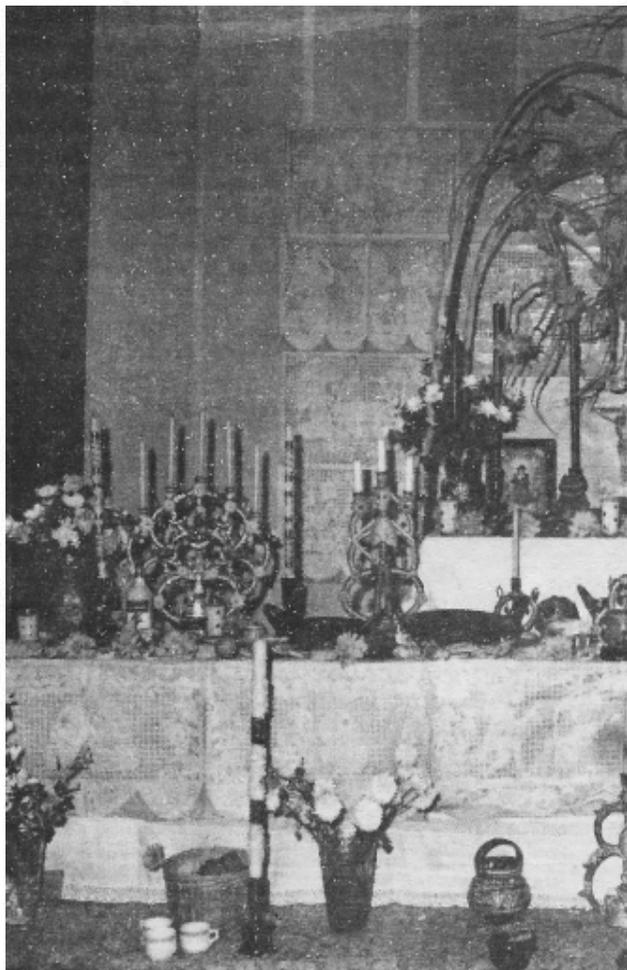
A fines del siglo pasado se relataban las siguientes costumbres funerarias: al morir una persona, los deudos inmediatos manifestaban sus sentimientos con gestos exagerados, los familiares y amigos proferían gritos y lamentos, después la sepultaban en alguna cueva que tapiaban con piedras y barro, si ésta era grande se utilizaba para varios sepulcros en forma de celdas. Algunos cadáveres se sepultaban a los cinco días, con el fin de darle oportunidad al muerto de visitar todo lo que había poseído en la tierra y no regresara después, pero temiendo los deudos que volviera a pesar de esta oportunidad, cuando regresaban del panteón a casa, espantaban el alma con gritos y gestos.

En Corapan e Ixcatán, los familiares dejaban el cadáver en el suelo y huían a los montes a donde permanecían sentados con la vista en el suelo, regresaban a casa a medianoche y al otro día lo enterraban en una cueva o en el cementerio junto con ropa, utensilios y dinero (Diguét citado por Dahlgren 1962: 44).

Concepción sobre la muerte en la época contemporánea

A principios del siglo XX los coras llamaban a los muertos *muich*, "el muerto", éstos solían aparecerse, según sus creencias en forma de moscas, búhos, perros, también en forma de cosas como una bola de fuego, o bien en figura humana negra o blanca, así como hombres que arrojaban luz hacia todos lados (Preuss citado por Dahlgren 1962:47).

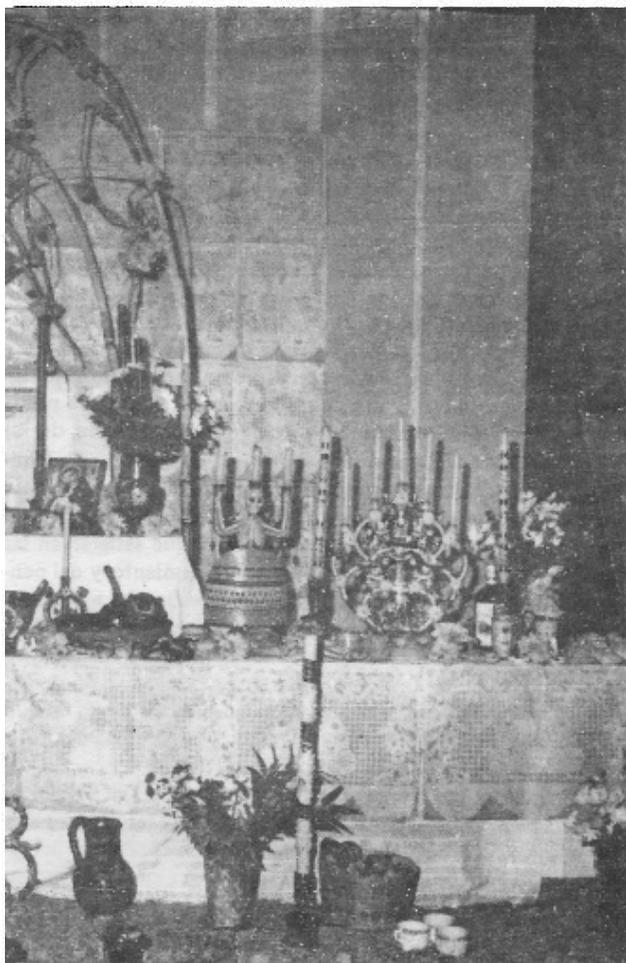
En la época actual, al fallecer una persona, adulto o niño, colocan un petate, una manta, o una cobija sobre el suelo frente a la puerta, en el interior de la habitación. Sobre éstos se dispo-



ne el cadáver boca arriba, las manos atadas sobre el pecho y los pies hacia la puerta, con el propósito de que su alma se dirija a buscar el lugar de su descanso eterno y no regrese más a su casa a molestar a los que están viviendo en este mundo. En ocasiones se sitúa el cuerpo en un tapete bajo de otates de 25 cm de altura; luego se da la noticia al gobernador y éste, en caso de no haber voluntarios, designa a las personas que van a cavar la fosa de dos metros de profundidad, también comisiona a las personas que transportarán el cadáver. En estos casos el gobernador indígena obsequia algunos sorbitos de alcohol a los comisionados y tiene obligación de presenciar los funerales, como uno de sus deberes sociales, así como cumplir con todos los demás actos cívicos y religiosos de la comunidad.

Durante el velorio el chamán, rezandero contratado por la familia, ora pidiendo a las deidades católicas y en muchas ocasiones a las tradicionales, que lo tengan bien en otra vida. Los deudos cercanos y demás familiares distribuyen a los asistentes cigarros y café negro. En los entierros se usan muy poco los ataúdes, generalmente se sepultan envueltos en la misma mortaja en que se les colocó frente a la puerta. Si el muerto lleva caja, ésta es de tablas, de construcción rudimentaria. El difunto es transportado al cementerio en una parihuela hecha de palos, si en el camino el cortejo se encuentra con un templo cristiano, se detiene frente a éste, y finalmente es sepultado boca arriba; deudos y asistentes arrojan puñados de tierra, en forma de cruz, directamente sobre el cuerpo o la caja; acto seguido se rellena el foso de tierra, la cual, de vez en cuando se va apisonando.

Actualmente, aún puede ser observada la práctica de deposi-



tar los cadáveres en las cuevas por las áreas de Corpan e Ixcatán y quizá por algún otro sitio, pero ya casi todos los difuntos, son enterrados en los cementerios ubicados en los atrios de las iglesias o en lugares apartados.

En la orientación de los sepulcros se considera el status de los difuntos: a los adultos de ambos sexos casados por la fe cristiana, se les entierra con la cabeza hacia el oriente; en cambio a los niños y jóvenes de ambos sexos, que aún no han llegado a la edad de contraer matrimonio, se les coloca con la cabeza hacia el poniente. Los mestizos que viven entre los coras, indican que llevan la cabeza hacia el poniente los que han muerto en amasiato. La orientación mencionada ¿será como plegaria a los dioses tradicionales? ¿tendrá relación con el mito que le contaron a Lumholtz, a fines del siglo pasado, al tratar de averiguar el origen del grupo cora, que dice que los hombres llegaron del oriente y las mujeres del poniente? o dicha orientación estará fundamentada en el comentario que del dato anterior hace Corona Núñez al expresar:

debe considerarse mitológico o sea una creencia religiosa basada en que cada hombre era un guerrero y el Planeta Venus supremo guerrero del cielo, sale del oriente, vence en grandioso combate a las estrellas y va a dormir en el poniente donde está la casa de las mujeres de los guerreros. [Corona citado por Gutiérrez 1974:45]

Esta cuestión por ahora no se conoce con certeza.

Al presente en los camposantos de las diversas comunidades, donde se sepultan las personas que fallecen de muerte natural, también existe una sección destinada para las muertes por ho-

micidio. En el camposanto de Santa Teresa además hay una sección sólo para los tepehuanes.

Pasados cinco días, después del entierro, deudos y familiares se reúnen nuevamente en la casa del difunto para celebrar la ceremonia que llaman "correr al muerto". De nueva cuenta se paga al chamán rezandero, para que venga a oficiarse esta ceremonia; todos quedan de plantón aguardando la llegada del muerto, el chamán queda en oración constante y de vez en cuando les dice a los participantes que el muerto se encuentra en dificultades en el lugar donde está, pues no le dan permiso para salir. Luego que ha pasado cierto tiempo, el chamán anuncia el arribo del muerto, los coras dicen que éste se presenta en forma de mosca y creen oír su zumbido; en esta forma se para sobre el bastón de plumas del chamán, quien le hace un llamado, lo invita a disfrutar de la comida y ropas que se le han ofrendado en ese momento, y lo persuade a que salga de la casa y no vuelva más. Todas las personas asistentes a la ceremonia forman una valla, desde la puerta de la habitación hasta la calle, en dos filas; el chamán espanta al muerto para que salga de la casa, y éste pasa entre las dos filas de personas, quienes también lo espantan para que salga de la casa y del patio. A veces, montados a caballo y dando voces, van persiguiendo al muerto a una distancia lejana, de esta manera los coras llevan a cabo la ceremonia "correr al muerto".

Durante esta misma ceremonia se lleva a cabo la ofrenda a los muertos; ésta se ofrece durante la ceremonia de "correr al muerto", es decir, a los cinco días de haber sido sepultado. En esta ocasión se monta un pequeño altar hecho de palos, depositando el agasajo sobre éste, el cual consiste en frutas de la estación, tamales, calabazas partidas, frijoles, quesos, arroz, tortillas, atole en jicaritas, bules con agua, chayotes, elotes, etcétera. Algunas veces se le pone carne, que come la gente que llega a la ceremonia de este día, ya que se mata un toro si el muerto es hombre, y una vaca si es mujer. Hacia un lado del altar se coloca una muda de ropa y una cobija, así como también un sombrero si es hombre.

Hasta esta fecha todavía hay coras que ofrendan estas viandas el día del entierro de un niño o de un adulto, como en el siglo XVII en tiempos del padre Arias de Saavedra; aunque en el presente se agrega la muda de ropa.

En tiempos del padre Ortega, en el siglo XVIII, si el muerto tenía vacas, le ponían de cuando en cuando un pedazo de carne sobre un palo en el campo, por temor, que a pesar de los conjuros regresara a su casa a buscar algún sustento.

En la actualidad el primero de noviembre en la tarde, los coras acuden a colocar sobre las tumbas de sus difuntos, las mismas viandas que ofrendan en la ceremonia de "correr al muerto". También pueden hacerlo el día dos.

La noche del primero al dos de noviembre cinco hombres vestidos con mortajas, que representan "muertos", acompañados de un séquito de vecinos y el gobernador indígena, se presentan casa por casa pidiendo regalos, los que les son concedidos en alimentos (en Jesús María les dieron un armadillo vivo) por los moradores de las casas en posición de rodillas. Los "muertos" van imitando los gritos del tecolote. Terminando el recorrido se concentran en la iglesia, separan la parte de alimentos que corresponde a los difuntos y el sobrante es consumido por la comitiva.

Conclusiones

Las ofrendas de alimentos y bebida a los difuntos, que en la actualidad llevan a cabo los coras de la Sierra de Nayarit, consti-



tuyen el principio del culto a los antepasados y representan la prosecución de una costumbre social, para el más allá de la muerte desde la antigüedad.

Las fechas que la Iglesia de Cristo ha dedicado a recordar a los muertos son, el primero y el dos de noviembre, las cuales se han convertido en días de fiesta en el México mestizo. Para los coras no tienen el mismo significado, a pesar de que muchos de ellos en estos días acuden a los cementerios a ofrendar a la usanza cristiana. Los coras piensan que del fenómeno de la muerte surgió el dualismo del cuerpo y el alma; creen que cuando muere una persona, su alma no se separa de su casa al menos por algunos días, o bien si el alma se hubiese ido al más allá, se le puede hacer volver a su casa con sus familiares, a los cinco días con el fin de que reciba el homenaje póstumo de éstos. Esta forma de considerar el suceso de la muerte, llevó a los coras a pensar desde tiempos distantes que, el muerto continúa existiendo. Por esta razón, desde entonces, como hoy, dejan en las tumbas los objetos más importantes de sus pertenencias, tales como el atuendo bien sea de hombre o mujer, algunos instrumentos personales entre los cuales se encuentra el bule, en que beben el agua e incluso los alimentos. Llevar a cabo esta ofrenda por parte de los familiares, es asegurar al muerto su viaje a la región del inframundo, viaje que será consolidado, cuando a los cinco días de haber sucedido la muerte, nuevamente los parientes ofrendan al muerto, en un altar de su casa, una muda

de ropa, comida y bebida, en la ceremonia de "correr al muerto", en la que los parientes de éste, amigos y el oficiante, el chamán rezandero (sacerdote), ahuyentan el alma para que se aparte al lugar de su descanso y así evitar que vuelva en forma de espectro a molestar a los vivos. En este ámbito, el alma se convierte en insecto y sólo puede volver al mundo de los vivos al llamado del chamán.

La transformación del alma en insecto, se fundamenta en la concepción que sobre la muerte sustentaban los coras en el siglo XVIII, cuando hablaban de su inframundo, de *Mucchita*. Dicha creencia sin duda, refleja las condiciones en que los coras vivían en esa época, ya que al sepultarse ellos en cuevas, pensaban que *Mucchita* se ubicaba también en cuevas, donde el alma, ente esencial, seguía viviendo eternamente a pesar de la putrefacción de su cadáver y donde según el mito, cualquiera podía sacar el alma que quisiera, para volver a vivir al lado de los suyos, hasta que el error de aquel que sacó a su esposa de *Mucchita*, hizo que la muerte sobreviviera para siempre.

En lo que atañe a los muertos deificados señalamos que, en esta categoría entraban aquellos personajes que satisfacían las necesidades psíquicas y espirituales del sentimiento y del pensamiento cora; es decir, que los coras sólo deificaban a los seres humanos, a quienes creían que por sus proezas habían demostrado estar dotados de un "poder" sobrenatural. Tal es el caso de los ancianos y de los bebés, éstos quizá por su estado de pureza; así como algunos individuos que poseían un cargo dual, o sea que a la vez que eran jefes de la tribu y sacerdotes del Sol a quienes llamaban *Tonati*.

Desde luego, los muertos deificados, reconocían los coras, tenían menor poder que sus deidades supremas (el Sol, la Luna y la Estrella de la Mañana), pero pensaban también que actuaban por encargo de éstas, es decir, mediaban entre ellas y los hombres, además se hallaban más cerca del hombre, por eso, en su vida cotidiana, les ofrendaban con frecuencia y también como expresión de agradecimiento y petición de éxitos sucesivos.

El ejemplo más patente es el de su gran rey, el *Tonati Nayarit*, cuyo cadáver era adorado en la Mesa del Nayar, por haber sido sacerdote del Templo del Sol, *Tayau* "Nuestro Padre"; por haber fundado el Señorío de Huacica o de Xécora y haber ejercido el gobierno mejor y más largo de la historia cora.

Los ancianos y los niños se transformaban, con el tiempo, en cierta clase de deidades relacionadas con los dioses de la lluvia.

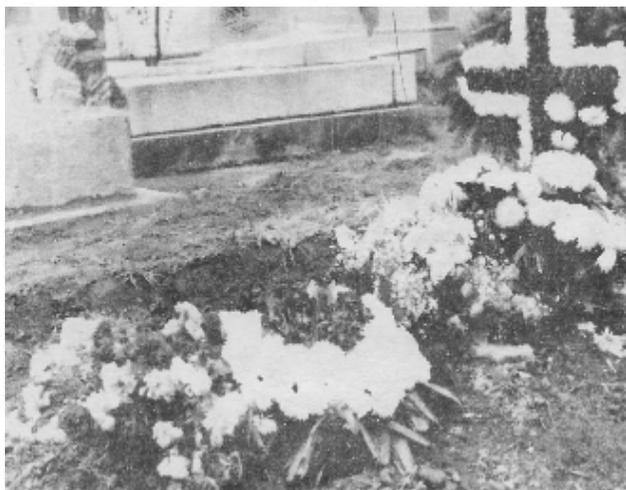
Los relatos que acabamos de exponer, corresponden al intento de ofrecer al lector, una visión general acerca de la ideología sobre la muerte, basada en sus propios mitos, de uno de los múltiples grupos étnicos sobrevivientes a la conquista, el cora, grupo que ha influido en la vida social del occidente del país aportando entre muchas otras cosas, el nombre de su rey más famoso, Nayarit, al estado a que pertenece.



*Lo que se llevan las almas:
el ritual de las ofrendas de Días de Muertos
en una comunidad mixteca**

En México por lo general, Todos Santos o Días de Muertos, representa uno de los acontecimientos religiosos de mayor importancia dentro del ciclo de festividades religiosas católicas, solamente equiparable a las celebraciones de la Navidad y la Semana Santa. Los Días de Muertos, aparte de significar un evento en que se refleja la tradición en las creencias que incluyen elementos de origen prehispánico y del catolicismo colonial y reciente, es un acontecimiento que dinamiza las relaciones sociales en ambientes festivos a nivel familiar, local, regional y aún nacional.

Los Días de Muertos, sin embargo, tienen su expresión máxima, en el ámbito de la comunidad campesina, sobre todo en la de origen indígena, de la cual aquí analizamos el caso de Xaya-



catlán de Bravo, donde como queda de manifiesto en las siguientes descripciones, persisten las creencias (los mitos) que justifican y regulan los hechos rituales expresados en los rezos y el montaje de las ofrendas en honor de las almas de los difuntos. Además, como también se señala, con motivo de la celebración religiosa, tienen lugar acontecimientos económicos y festivos en los cuales se suscitan las citadas relaciones sociales; tanto, que actualmente acentúan los mecanismos o procesos de integración a la cultura nacional.

El entendimiento de la organización de Días de Muertos a nivel de la localidad, implica por lo tanto, el conocimiento de la organización económica y social de la comunidad, por lo cual primero se dará una panorámica en torno a las condiciones de vida de Xayacatlán. Después, se hará referencia a los aspectos

* El presente trabajo constituye en gran parte, una reelaboración de datos descritos en una ponencia con el título de "Todos Santos en Xayacatlán de Bravo, Puebla", presentada en la 1a. Reunión multidisciplinaria sobre la Sierra Norte de Puebla, y sus articulaciones regionales, llevada a cabo en 1983 en Huauclilla, Puebla. En ella se utilizaron datos de trabajo de campo obtenidos durante las celebraciones de Todos los Santos en 1978 y 1979, a los cuales, para la presente ocasión, se agregan los obtenidos en una visita de 2 días a la población a finales del mes de julio de 1987.

míticos y rituales respecto a la celebración de Días de Muertos, que de alguna manera constituyen una expresión de la organización socioeconómica local, la cual a su vez no se puede ver aislada, sino inmersa en el ámbito regional y nacional; tan es así que todo se traduce en la lógica ideológica de los xayacatecos como semejante al mundo de los vivos. Las almas de los difuntos por ejemplo, al igual que los vivos, consumen alimentos, sólo que lo hacen absorbiendo el olor y llevándose la forma de los productos puestos en las ofrendas, tema de este escrito.

La comunidad

Xayacatlán de Bravo, constituye una población mixteca localizada al sur del estado de Puebla en la prolongación de la Mixteca Baja de acuerdo a la subdivisión de la Mixteca realizada por Dahlgren (1966). Al área de asentamiento de la población, integrada por tres secciones, se llega por una carretera pavimentada desde 1981, a 14 km a partir de una desviación hacia el noroeste de la población de Acatlán de Osorio donde se une a la carretera panamericana, a 150 km de la ciudad de México.

De acuerdo a datos históricos del Archivo Municipal, escritos por el profesor Epigmenio Chávez, nativo de Xayacatlán, la "autonomía" del pueblo se origina cuando

El 13 de mayo de 1878 por decreto expedido por el C. Gobernador del Estado, Juan Crisóstomo Bonilla, se independizaron las secciones 5a. y 6a. de San Jerónimo Xayacatlán constituyéndose en "pueblo libre" denominado Xayacatlán de Bravo.

Además entre otros datos, el profesor Chávez señala:

En 1881 se eligió como patrona del pueblo la imagen de la Santísima Virgen de Ocotlán, misma que fue traída el 29 de enero de 1882, fecha en que se llevó a cabo la bendición de la Santísima Imagen, así como de la capilla. . .

Esta capilla fue de construcción muy sencilla (de techo de palma), la cual fue sustituida por el actual templo de concreto, cuya construcción se inició el

lunes 29 de marzo de 1954 cuando se puso la primera piedra, enterando en la parte hueca, la cantidad de 67.50 pesos de plata antigua.

A partir de entonces, los trabajos de construcción fueron coordinados por sucesivos comités quienes recabaron la cooperación de la comunidad hasta que el templo estuvo terminado en su mayor parte cuando se celebró el primer centenario de la constitución del "pueblo libre" de Xayacatlán (el 13 de mayo de 1978).

A través de informaciones orales, también es útil saber que el cultivo de la caña de azúcar tuvo mucha importancia en la economía de los xayacatecos. Su auge, debido a la elaboración de panela en trapiches montados en la propia población, perduró durante el presente siglo hasta 1955. Esto se debió, al hecho de que la producción de caña en Xayacatlán, fue absorbida por el Ingenio Tlanguistengo ubicado más o menos a 5 km de Xayacatlán; sin embargo, la compra de caña de esa empresa también decayó, debió a una huelga provocada por los trabajadores sindicalizados. Consecuentemente, los xayacatecos, abandonaron el cultivo de caña de azúcar hacia los años sesenta.

Ahora bien, antes de describir cómo los xayacatecos llevan a cabo actualmente las actividades en su economía de subsistencia, conviene enumerar algunas características recientes de su población. Según el censo de 1980, Xayacatlán comprende 1,653 individuos, 788 hombres y 865 mujeres. Constituye una

población donde el uso del idioma mixteco es predominante, tanto que en el mismo censo, de la población de 5 años y más (1225 personas), 1130 son bilingües de español y lengua indígena. Asimismo, respecto a la escolaridad, se cuantifica que de la población de 6 años y más (1395 individuos), saben leer y escribir 1049 personas (528 hombres y 521 mujeres) equivalente al 75% de tal manera que 346 personas (133 hombres y 213 mujeres) equivalentes al 25%, no saben leer ni escribir.

El municipio, cuyo nombre se debe al héroe de la Independencia Nicolás Bravo y a la voz náhuatl *Xayacatl* que significa: Lugar de máscaras, se ubica en una zona de clima cálido, y es atravesado por una corriente de agua cuyo nombre en mixteco es *Yute* (río tierno) que es afluente del río mixteco. Estas condiciones geográficas permiten la existencia de un paisaje exuberante sobre todo en las márgenes de esa corriente de agua, donde el cultivo de maíz se beneficia por cierto riego de humedad, posibilita la producción de frutas como mangos, plátanos, ciruelas, naranjas, limones, anonas, mameyes y zapotes negros; además, se producen aguacates y guajes.

Más allá de la corriente de agua citada, donde la superficie es árida, pedregosa y escarpada, la vegetación varía drásticamente pues se observan bisnagas, nopales, magueyes y órganos productores de pitayas y jiotillas. Entre otras plantas silvestres existentes, se pueden citar pirúes, cazahuates, otates, cucharillas y mezquites.

La fauna en Xayacatlán, se compone de animales domésticos como gallinas, guajolotes, puercos, asnos, reses, cabras y otros animales entre los que se cuentan conejos, liebres, coyotes, zorrillos, armadillos e iguanas.

Bajo este ambiente ecológico, los xayacatecos basan su economía, fundamentalmente en actividades agropecuarias, sobre todo en el cultivo del maíz para su autoconsumo y en la explotación de frutales de los que se benefician por su venta, realizada en el centro comercial de la zona (Acatlán). Complementan sus ingresos monetarios con la venta esporádica de cabras, o bien, por ocuparse eventualmente como jornaleros o peones de albañil en la propia localidad o en poblaciones circundantes. Algunos se dedican a la venta de diversos productos en tiendas misceláneas, en tanto que otros elaboran artesanías entre las que destaca el tejido de sombreros de palma, sólo que esto se realiza en forma limitada en comparación a otras poblaciones de la Mixteca.

En Xayacatlán, algunas personas originarias de la localidad son maestros normalistas y promotores bilingües, empleados de la Secretaría de Educación Pública, quienes se constituyen en gran parte, en agentes del cambio social que se opera en la comunidad, porque además participan en las disputas por los puestos políticos en el ayuntamiento municipal.

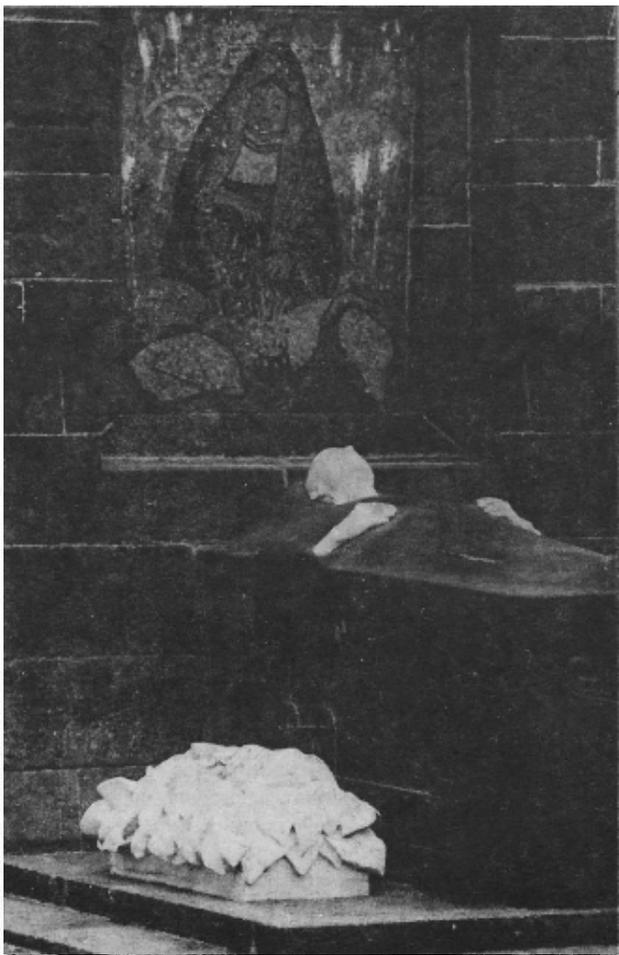
Las referencias míticas

En Xayacatlán, se cree que después de la muerte, el alma viaja al inframundo siguiendo un camino por donde tiene que sortear una serie de peligros, entre éstos se señala que las almas, guiadas por el tecolote, atraviesan al "árbol horqueta" y, cada una, colocada en la oreja de un perro cruza un río. Sobre esto, es tal el convencimiento del camino y los sitios por donde el alma pasa, que algunos xayacatecos, según se dice, han visto al árbol horqueta y notado en él las raspaduras provocadas por el repetido paso de las almas con sus cargamentos llevados cuando las personas mueren o cuando regresan al pueblo en Todos Santos. Asimismo, se afirma que el sitio final de residencia de los muertos, ha sido visto por algunas personas, aunque de lejos porque,

cuando han intentado acercarse, aquellas "visiones" desaparecen.¹

El sitio final de residencia de los muertos, es concebido por los xayacatecos, como si se tratara del mundo de los vivos, ya que se dice que allí las almas, según sean adultos, adolescentes o niños, realizan diversas actividades; por ejemplo, a las mujeres se les ve lavando, moliendo (haciendo tortillas), o están, junto con los niños, cuidando sus rebaños de cabras u otros animales. A los hombres adultos, en cambio, se les ve sembrando el maíz, cortando leña, recolectando y cortando frutos.²

La semejanza con el mundo de los vivos es tal que en los días de Todos Santos, cuando las almas van a realizar el viaje de visita a Xayacatlán, lo hacen en grupos de parientes. Asimismo,



cuando una persona muere en días cercanos a Todos Santos, a su alma no se le permite regresar entonces al pueblo, pues le corresponde quedarse a "cuidar la puerta" de aquel lugar de los muertos; o bien, si alguien muere en los días precisos de Todos Santos, en el viaje de retorno al inframundo las almas visitantes en ese momento, obligan al alma que recién inicia su viaje a cargar los itacates ofrendados.

Para corroborar el hecho de que las almas realmente regresan, año con año, en Todos Santos es necesario poner las ofrendas. Existen referencias míticas, que prescriben castigos a quienes violen la tradición, ya que les puede suceder lo que ocurrió con "el hombre que no creía que vinieran los muertos": *¡Qué va a ser cierto que vengan los muertos!* dijo, y burlándose puso

en su altar, órganos de jiotillas en lugar de velas y, puso boñigas en lugar de panes. Enseguida, se fue al monte donde, cuando estaba cortando leña, de repente oyó murmullos, como de gente que se acercaba. Sorprendido, se escondió en el hueco de un árbol viejo que allí se encontraba; entonces, lo que vio fue que se trataba de las almas que regresaban del pueblo llevando velas y cargando ayates y canastas en que llevaban los diversos productos de las ofrendas. Así vio pasar el cortejo de almas, al fin del cual vio que el alma de su esposa, iba muy triste llevando por velas los órganos de jiotillas y cargando las boñigas en lugar de panes. Al ver esto, fue tal el arrepentimiento de aquel hombre que al siguiente año estuvo muy pendiente de poner su ofrenda como es la costumbre.³



Los preparativos

A excepción de algunas familias protestantes, convertidas por el Instituto Lingüístico de Verano, asentado allí desde los años sesenta, la gran mayoría de familias en Xayacatlán, 15 días o un mes antes, "labran" las ceras o velas con cera de abeja, las cuales se utilizarán en las ofrendas de Todos Santos y en otras celebraciones rituales. Para la "labrada" de las velas, ha sido costumbre derretir los cabos sobrantes agregándole más o menos la cantidad de cera quemada o gastada durante el año. Esto significa que las velas que entonces se elaboran, aparte de utilizarse en las ofrendas de Todos Santos, tienen que ser en cantidad suficiente para que alcancen para los diversos actos rituales en que las familias participan como cuando asisten a misas que se celebran en honor de los santos del templo comunal o cuando se acompaña en los funerales de un difunto.

Entre los preparativos que preceden a la celebración de Todos Santos, es importante señalar que ocho días antes, muchas familias llevan a cabo la matanza de los chivos para tener seca parte de la carne que así se utiliza en los guisos que se colocan en la ofrenda. Otros objetos y productos comestibles son adquiridos el día 31 de octubre en el día de plaza que año con año se efectúa en la cabecera de Acatlán. Además, resulta de gran ayuda el hecho de que las frutas y las flores requeribles se obtienen de los propios huertos familiares en Xayacatlán.

Dentro de los preparativos, es importante señalar que para el pago de la misa en honor de los difuntos que se lleva a cabo el 2 ó 3 de noviembre, los fiscales, como encargados del templo comunal, recaban cuotas a través de las celadoras nombradas para ese fin en cada uno de los 3 barrios del pueblo. Asimismo, los sacristanes, integrantes del "Comité Eclesiástico" del templo, se organizan como lo hacen también en otras celebraciones religiosas para preparar los arreglos del templo e invitar a la banda de música del pueblo para que esté presente el 2 de noviembre en el sitio del cementerio. Los sacristanes, por otro lado, son los encargados de repicar las campanas del templo durante toda la noche del día primero de noviembre.

Las ofrendas

Las familias que han tenido el infortunio de haber padecido la muerte violenta de algún familiar, como son los casos de asesinados o accidentados, el día 28 de octubre colocan ofrendas en su altar familiar, porque, según se cree, es cuando llegan las almas de aquellos difuntos. Las ofrendas para ellos, sin embargo, son muy sencillas pues consisten en un plato de comida y una vela encendida.

El ambiente festivo en honor de los muertos, propiamente se inicia el 31 de octubre, porque entonces se espera la llegada de los angelitos o almas de los difuntos niños que se cree llegan puntualmente a la una de la mañana de ese día. Por esto es que, desde las primeras horas de ese día, se coloca en la parte superior de las puertas de las viviendas, una cruz de madera ricamente adornada con collares de cempasúchil y "flores de cucharilla". Además, entre las siete y ocho horas, se lleva al altar el desayuno a los difuntitos, el cual consiste en panes con tazas de atole de maíz; entonces, también se encienden sus respectivas velitas.

Por la tarde, a la hora de la comida, las viandas que se llevan al altar incluyen principalmente platos de sopa de pasta y enfrijoladas (tortillas remojadas en frijoles machacados). Más tarde, se agregan frutas y panes, pero sobre todo se arreglan los itacates que, se supone, se llevan las almas de niños y niñas, consis-



tentes en morralitos y canastitas respectivamente. O sea que, con tales objetos, que se llenan de panes, dulces, frutas, enfrijoladas y su respectiva velita, se piensa que los angelitos inician su viaje de retorno al mundo de los muertos a partir de la una de la mañana del día primero de noviembre.

Cuando se van los angelitos llegan las almas de los difuntos adultos por lo que entonces se encienden veladoras en su honor. Después, cuando amanece, entre 7 y 8 de la mañana, se lleva al altar su almuerzo, que consiste principalmente en platos de pozole.

Durante las siguientes horas, entre los preparativos que se realizan para agasajar a los muertos, resalta el cocinado del chilate o "mole de chivo", uno de los guisos de fiesta preferido por los xayacatecos, que en ese día, por la tarde, se coloca en el altar como platillo principal de la ofrenda. Por la noche, entre las 20:00 y 21:00 horas, se llevan a altar las enfrijoladas que constituyen el alimento principal de la cena.

La noche del primero de noviembre, las familias del pueblo, generalmente permanecen despiertas, pues están pendientes de llevar a cabo los ritos acostumbrados: por ejemplo, en el templo, los sacristanes se encargan de repicar intermitentemente las campanas, mientras que grupos de rezadores recorren gran número de viviendas para llevar a cabo rezos de rosarios en honor de los finados de cada familia. Los anfitriones, a cambio, obsequian a los visitantes algunos productos de la ofrenda, entre los que adquieren especial predilección las bebidas alcohólicas. Los rezadores, sin embargo, tienden a desaparecer pues, según se afirma, ya no se organizan con el entusiasmo de antes.

Desde las nueve de la noche del día primero, en las casas, se inicia el arreglo más suntuoso de las ofrendas de Todos Santos: frente al altar, sobre un petate nuevo, simulando un sepulcro con amontonamiento de tierra, se enciman diversas frutas (naranjas, limas, plátanos, . . .) sobre las que se agregan panes coloreados de rojo de diversas figuras pero especialmente las que representan a los mismos difuntos. A los lados del alargado amontonamiento, formando un rectángulo se colocan hileras de velas, amarradas en carrizos dispuestos transversalmente, en número tal que representan a los difuntos adultos, familiares de varias generaciones.

Hacia los lados de las hileras de velas, también en fila, se colocan canastas y ayates que contienen productos de la ofrenda que se supone se llevan las almas de mujeres y hombres adultos respectivamente. Estos itacates, que sobre todo se forman con velas, frutas y tortillas enfrijoladas cubiertas con servilletas, no deben ser muy voluminosos para no dificultar el paso de las almas por el árbol horqueta.

Al fondo, al frente de las imágenes del altar, se construye un vistoso arco en cuya base hecha de carrizos, se cuelgan diversas frutas (limas, naranjas, manzanas, . . .) y se adorna con flores entre las que resaltan las de cucharillas elaboradas artificialmente. El altar, dispuesto sobre la pared y que se deja ver a través del arco, está formado generalmente con estampas de la Virgen de Guadalupe, del Santo Niño de Atocha, del Sagrado Corazón de Jesús, de San Martín Caballero, de Santiago Apóstol y de la Virgen de Ocotlán, patrona del pueblo. Sobre la mesa que está enseguida, se colocan: el incensario de barro, los vasos de agua y botellas de refrescos y de bebidas alcohólicas.

La ofrenda más completa de la celebración, que entonces se conforma, incluye además: el chilcajete, o plato del "hombre malo" como también se designa a quien muere en forma violenta; vemos velitas, juguetes, canastitas y morralitos de los angelitos; no faltan las memelas o tortillas gruesas del perrito, así como el plato y vela dedicados al tecolote. Completan los arreglos, 4 ó 6 floreros, dispuestos simétricamente a los lados, que

se arreglan con diversas flores como gladiolas, nubes, flor ninfa, albahaca, pata de león, y sobre todo cempasúchil.

Entre 3 y 4 de la mañana, si se tiene algún asno en la casa, se le da de comer y se le ensilla para significar que se le prepara a las almas para que se ayuden a llevar sus itacates. Inclusive, como se supone que el viaje es largo, se coloca en el fuste, un manojo de zacate que se piensa el asno consumirá en el viaje.

Cuando son las 5 de la mañana y todo está dispuesto, se quema copal, se encienden las lámparas de la corriente eléctrica existente, y todas las velas que así se dejan hasta las 6 de la mañana. Entonces, se aprecia, un ambiente de gran solemnidad, pues se trata de la "despedida" de las almas.

En las horas siguientes, después de las 6 de la mañana, por diversos rumbos se ve a las personas salir de sus viviendas para dirigirse rumbo al cementerio, situado frente al templo comunal. Allí, al llegar a las tumbas de sus familiares difuntos, encienden veladoras y depositan arreglos florales llevados de sus casas. En cada tumba, además, se observa el verdor de los sembrados de cebada hechos días antes, generalmente en forma de cruces.

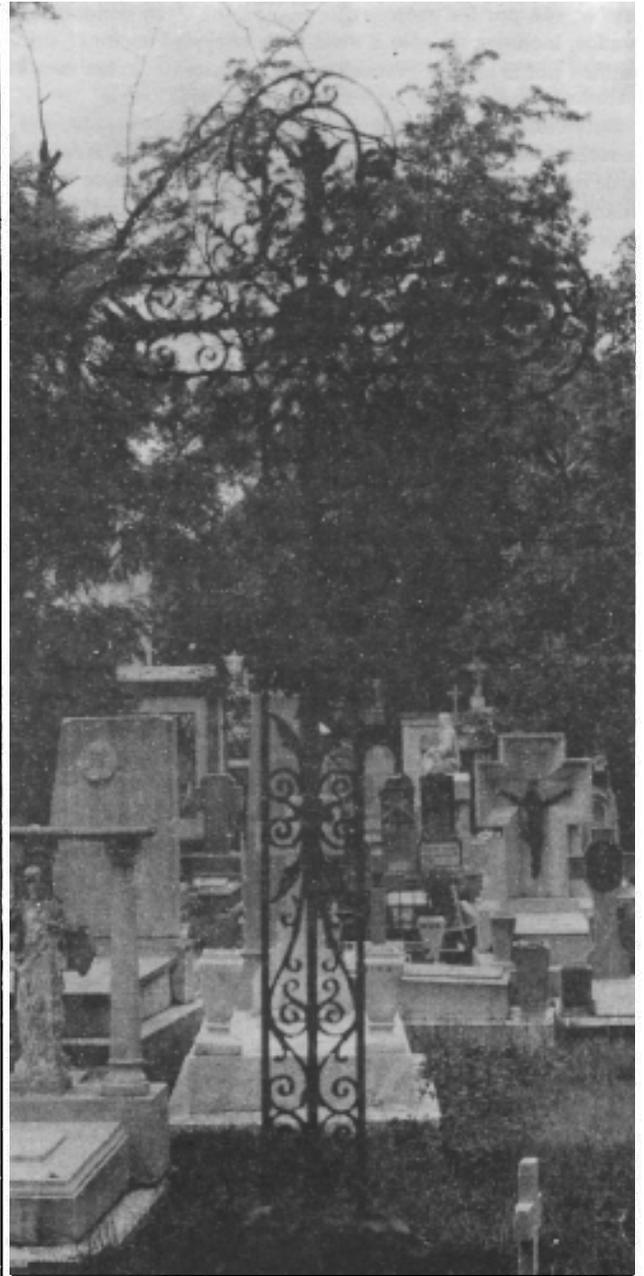
Con el transcurrir de la mañana del 2 de noviembre, el colorido del cementerio va en aumento conforme se va haciendo más nutrida la concurrencia y se van terminando los arreglos sobre las tumbas. Hacia el mediodía, el ambiente ha llegado a su nivel más intenso con la presencia de las autoridades civiles y religiosas comunales,⁴ y la participación de la banda de música que entonces ejecuta diversas melodías.

La celebración, en el cementerio, continúa hasta que, por la tarde, poco a poco los asistentes regresan a sus casas, donde prosiguen los animados convivios, entre familiares, vecinos y amistades, para consumir los productos de las ofrendas. En las casas, la gran animación continúa con las sucesivas visitas, muchas de las cuales están eventualmente en el pueblo, pues se trata de quienes han emigrado permanentemente.

En los convivios, como se ha dicho, se obsequian los diversos productos de la ofrenda, pero sobre todo se convida el chilate antes descrito. Inclusive, es común que se disponga un fogón en el patio de la casa, donde en una gran olla se mantiene caliente ese guiso para que cuando lleguen las visitas, se les pueda servir rápidamente. De esta manera, el ambiente festivo dura 2 ó 3 días, o hasta que se da cuenta de los productos de la ofrenda.

Comentarios finales

Dadas las condiciones de Xayacatlán como comunidad campesina, se puede decir, que en la organización religiosa en torno al culto a los muertos, persisten en gran parte, el orden mítico y ritual sustentados en el mismo orden social vigente de la comunidad. Recientemente, sin embargo, ese persistente orden tiende a variar, debido a la mayor movilidad de la población en el ámbito capitalista nacional. En lo económico, por ejemplo, se manifiesta en la tendencia a buscar ingresos monetarios en el ámbito de la comunidad y fuera de ella, de tal manera que parte de la población (los jóvenes sobre todo), obligadamente mantienen una mayor relación con la sociedad nacional de donde se constituye en agente de cambio. En este contexto, en Xayacatlán, respecto a la celebración en honor de los muertos, se manifiestan dos tendencias: por un lado, la que se inclina por mantenerse dentro de las creencias en el orden tradicional, tendencia propia de la población adulta residente en la localidad; y, en segundo lugar, por la de quienes, por razón del ma-



yor contacto señalado, critican que la tradición en las creencias se debe a la ignorancia predominante aún en gran parte de los habitantes del pueblo.

La celebración en honor de los muertos, sin embargo, no constituye un invento fortuito, sino un orden cultural en que se han satisfecho gran parte de las relaciones sociales de los xayacatecos desde hace mucho tiempo. Tan es así, que la población joven que critica las creencias sustentadoras del ritual, no desdén participar en las celebraciones festivas. Al contrario, se está instituyendo a Todos Santos, como a otras celebraciones religiosas, como ocasión en que se intensifican las relaciones de intercambio económico y social a nivel local, regional y aún nacional.

La incorrecta apreciación de las instituciones campesinas e indígenas en particular en el ámbito de la sociedad nacional, al ser aceptadas en un sentido y ser negadas en sus elementos religiosos sustentadores, resultan ser la causa de la incorrecta apre-

ciación, aún por los propios campesinos que están siendo aculturados, inclusive no sólo a nivel de la sociedad nacional, sino también por la intensa evangelización protestante, actualmente operante en las distintas regiones étnicas de México.

Entendidos en su justa dimensión, los elementos tradicionales sustentadores de la celebración de Días de Muertos, así como los de otras instituciones religiosas campesinas de las que Xayacatlán es sólo una variante, representan parte fundamental de un orden de vida que constituye parte del acervo cultural, que bien sirve para acrecentar el patrimonio cultural mixteco en particular y mexicano en general.

Sedas, ceras, barro y papel: dos ofrendas de Días de Muertos en Huaquechula e Izúcar de Matamoros, Puebla

La muerte es uno de los eventos naturales que mayor impacto causan en las sociedades que tienen una tradición mesoamericana, es la parte final del ciclo de vida de los individuos, y para la familia cierra la participación social activa de éstos en el contexto doméstico y comunal. La parafernalia que la rodea varía de una región de México a otra, sin embargo, presenta rasgos y elementos comunes derivados del ritual establecido por la Iglesia Católica desde la Colonia.

Cada comunidad impone además su propio sello al evento, estas peculiaridades son las expresiones de las adaptaciones de cada población a situaciones de varios tipos como las ambientales, por ejemplo el uso de determinadas flores y frutas; las económicas, como la riqueza de la ofrenda; las históricas, como la tradición de erigir o no los altares en los días de los difuntos. Así tenemos que regiones ricas del país, de tipo rural, semiurbano y aún urbano, muestran enorme riqueza en los costos del evento, y aunque existan distinciones dentro de la misma comunidad debidas a definiciones socioeconómicas, la muerte es un evento de singular importancia social para todas las agrupaciones humanas y cada quien la celebra dentro de sus posibilidades.

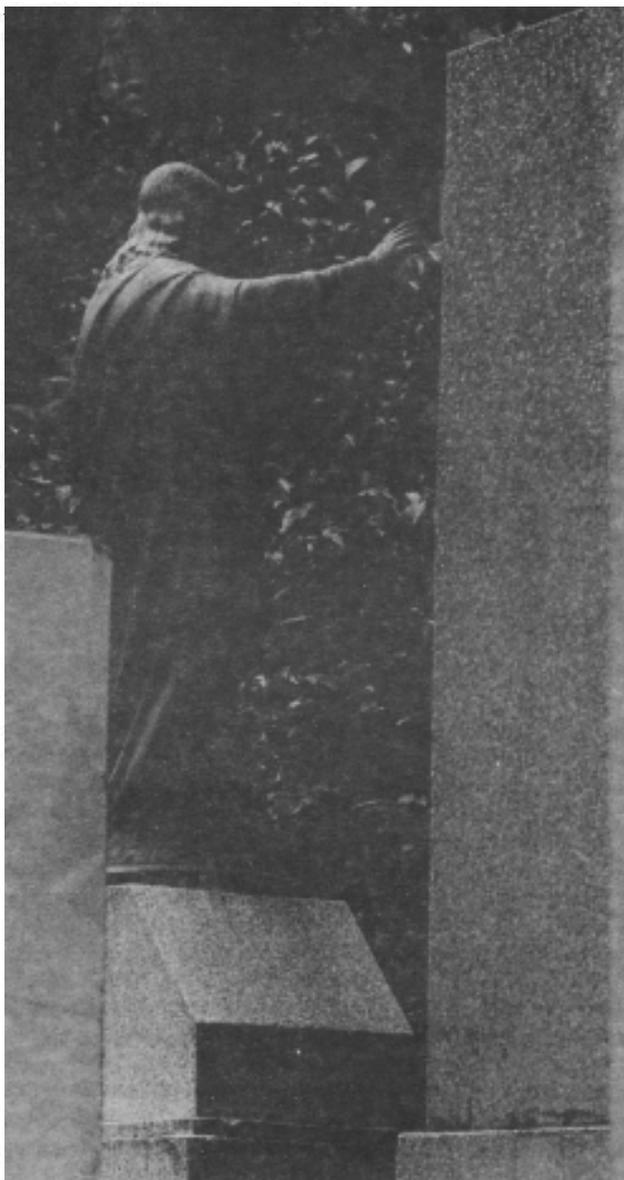
La muerte, como fenómeno social, involucra una serie de actividades que deben ser realizadas por los parientes y amigos inmediatos de la familia envuelta en el acontecimiento. Estas actividades varían de acuerdo con la región, las costumbres de la localidad, el nivel socioeconómico de la familia y en general de la cultura. Las actividades pueden resumirse en el tratamiento del cadáver, el periodo de espera antes del entierro, el entierro y las actividades posteriores a éste.

En la región de Huaquechula e Izúcar, en la parte sur del estado de Puebla, los pobladores tienen una tradición que hace de este evento uno de los más costosos y vistosos de las zonas de tradición nahua del país: la preparación de la ofrenda dedicada a las ánimas de los difuntos los días de noviembre de cada año. En estas ofrendas se combina por un lado la monumentalidad del altar, con su abigarrado conjunto de luces, ángeles de yeso y papel, telas, velas adornadas y candeleros, con una gran riqueza en alimentos, dulces y flores. La de Izúcar de Matamoros utiliza para adornar los suyos: candeleros policromados o bicromos con representaciones mortuorias elaborados específicamente para la ocasión, con variedad de alimentos, dulces, papel picado, flores y sahumerios en un conjunto impresionante; en ambos casos la ofrenda se comparte, los vivos degustan lo que dejaron las ánimas reuniendo nuevamente la vida con los recuerdos de los muertos; del camino que se inicia, se sigue o se piensa que es el destino final de todos.

Izúcar de Matamoros y Huaquechula, dos ciudades del Valle Poblano Tlaxcalteca

Algunas consideraciones ambientales

Dentro del triángulo formado por los volcanes Iztaccíhuatl, Popocatepetl y Malintzin, se ubica el Valle Poblano Tlaxcalteca, del Altiplano Central de México. Localizado en tierras altas y frías, presenta la característica de contener una enorme variedad de microambientes debido principalmente a las condiciones locales específicas en que se asientan las diversas comunidades, a su altitud sobre el nivel del mar, a la humedad, régimen pluviométrico y condiciones orográficas. El Valle Poblano Tlaxcalteca y sus derivaciones finales, los valles de Atlixco y Matamoros están delineados por la altitud de los volcanes que lo conforman. Así, las masas volcánicas del Iztaccíhuatl y del Popocatepetl ascienden sus picos a 5 300-5 400 m.s.n.m. mientras





que la Malinche llega a 4 400 m.s.n.m., factor que va a hacer del valle un área básicamente fría.

Sin embargo, la parte suroeste del Valle Poblano Tlaxcalteca posee un clima más cálido que el resto del valle, ya que se encuentra localizado en una subregión protegida en el lado oriental por la cordillera de Tentzo y muestra un declive en dirección norte-sur por el que corre, a través de cañones profundos, la parte superior de la cuenca del Río Balsas. Esta sección suroeste del valle tiene numerosos abanicos de cenizas volcánicas que han sido depositadas por vaguadas y arroyos numerosos que descienden del Popocatepetl y conforman planicies de gran fertilidad, enormemente propicias para la agricultura y la diversidad de cultivos. En la cuenca que nos ocupa, los principales afluentes del Río Balsas son Atoyac, Zahuapan, Nexapa, Amacuzac, Zitácuaro, Tepalcatepec y Marqués.

En la subregión de Atlixco, donde se encuentra asentada la comunidad de Huaquechula, el río suma numerosas corrientes al Nexapa, lo mismo en el valle de Matamoros, donde los ríos Atila, Molinos, Ahuahueyo y Atoyac se le unen. En la cuenca baja de Puebla y Oaxaca le aumentan sus caudales los ríos Acatlán, Petlalcingo, Mixtepec, Justlahuaca, Teposcolula y Huajuapán.

Además de Matamoros y Chietla se asienta Atencingo, en una subregión que tiene clima tropical lluvioso, precipitaciones abundantes en verano, bosque caducifolio y suelos de pradera, ahí se encuentran solamente dos municipios.

Hasta hace muy poco, la actividad mayoritaria en la subregión de Matamoros-Chietla había sido la agricultura y el cultivo de la caña de azúcar. La zafra y la cosecha proporcionaban la mayor posibilidad de empleo fijo y estacional a los peones y campesinos. Ahora han empezado a ser significativas las áreas de cultivo de maíz, alfalfa, aguacate y flores, sin que deje de sembrarse la caña que tiene como destino dos de los principales establecimientos industriales del área: uno, el ingenio azucarero de Atencingo, en el cual el ejido y sus tierras constituyen el complejo agroindustrial más importante del estado de Puebla y uno de los más grandes del país. El otro polo industrial es el de la Galarza, donde opera la compañía Bacardí, una planta industrial que elabora ron utilizando los subproductos del ingenio de Atencingo y de las plantaciones de caña. En Atlixco se ha presentado un proceso de desaceleración industrial, sobre todo en el área textil y de incremento de empresas agrícolas y sea de cultivo de frutales o flores.

Algunas notas históricas

Las ciudades de Izúcar y Huaquechula tienen una larga tradición cultural dentro de la zona sur de habla nahua del estado de Puebla, como lo muestran los sitios que no han sido explorados convenientemente; éstos corresponden a lo que los arqueólogos llaman clásico y postclásico. A partir del siglo X comenzaron a llegar a la región grupos de habla náhuatl que dieron origen a los grandes señoríos de Huejotzingo, Tepeaca, Huaquechula, Izúcar y Tlaxcala, los cuales estuvieron en constante lucha para alcanzar el predominio de la zona; los mexica iniciaron una serie de alianzas para lograrlo, en algunos lugares impusieron guarniciones militares y gobernantes subordinados que recababan los tributos, en otros establecían alianzas matrimoniales. Tal es el caso de Izúcar y Huaquechula.

El señorío de Cuauhquecholan (Huaquechula-Pájaro de plumas preciosas) lindaba con el de Cholula, ambos eran tributarios de los mexica. En la región llamada Coatlalpan se encontraba el señorío de Itzocan, (Izúcar - lugar donde se pintan la cara), que era gobernado por una dinastía emparentada con Huaquechula y Tenochtitlan. En la ruta de la conquista de la gran ciudad, después de la fundación de Segura de la Frontera (Tepeaca) los españoles pasaron a Huaquechula y a Izúcar de la que el conquistador Hernán Cortés dijo (1960:261):

es muy concertada, en sus calles y tratos tenía cien casas de mezquitas y oratorios muy fuertes con sus torres.

Cortés entregó la población de Izúcar en encomienda a Pedro de Alvarado y Huaquechula a Jorge de Alvarado, posteriormente las dos comunidades pasaron a la Corona. Desde épocas anteriores, grandes zonas de esta región eran eminentemente agrícolas, después de la conquista se introdujeron nuevas técnicas agrícolas y cultivos, se sembraron nuevos árboles frutales así



como caña de azúcar, prosperó la ganadería que permitió establecer una floreciente industria textil, la más importante de Nueva España que tenía como ejes a Puebla, Tlaxcala y Atlixco, las sucesivas prohibiciones de la Corona española hicieron decaer la producción de viñedos y olivares, en cambio las cosechas de trigo fueron tales, que se le llegó a considerar como el granero de Puebla, Ward (1981:474) escribió que las tierras de Atlixco, San Martín y Cholula estaban dedicadas al cultivo de trigo, cebada y chile que se llevaban al mercado de Puebla.

Paralela a la administración civil llegó la religiosa. Después de la conquista se fundaron los conventos franciscanos de Tlaxcala, Huejotzingo y Huaquechula, los dominicos los erigieron en Tepapayeca, Huehuetlán, Izúcar, Tepeji de la Seda, Huajuapán.

Llegó el movimiento insurgente al sur de Puebla cuando Morelos pasó de Tlapa a Chiautla e Izúcar, donde se le unió Mariano Antonio Matamoros que había sido cura de la población de Jantetelco. En 1825 cuando se erigió en ciudad, se dispuso que se llamara Izúcar de Matamoros en honor del gran insurgente; ahora es común llamarle por este nombre solamente. Con el periodo porfirista comenzó el proceso de reconstrucción del territorio poblano devastado por las constantes guerras de los periodos anteriores. En 1869 se inauguró el ferrocarril que impulsaría el desarrollo económico, más tarde inició sus actividades la línea México-Puebla-Cuatla, la industria textil tuvo un nuevo auge con la introducción de la energía hidroeléctrica, los ingenios de Izúcar y Chietla también fueron modernizados. Las actividades revolucionarias tuvieron gran fuerza, Francisco A. García tomó Huaquechula, Emiliano Zapata se posesionó de Chietla, Acatlán e Izúcar, siendo por mucho tiempo una región inclinada hacia este movimiento.

Huaquechula

Tiene un clima templado con inviernos fríos, están regadas sus tierras por ríos que desagúan en la cuenca del Atoyac, se explotan las maderas y la ganadería, hay una gran cantidad de frutales como zapotes, limoneros, naranjos, nogales, mameyes, mangos, ciruelos, plátanos, uvas silvestres e higos. Se combina el cultivo del maíz con sembrados comerciales de pepino, tomate, sorgo y flores como cempasúchil y gladiola; los habitantes de la comunidad utilizan muchas hierbas en la alimentación, otras las dedican a usos medicinales como malva, árnica, manrubio, manzanilla y albahaca.

Huaquechula tiene una traza reticular; en la plaza principal están la parroquia, la presidencia municipal, la escuela, los portales, el convento franciscano de San Martín. En el mercado aún pueden verse operaciones realizadas a base de trueque, al mercado dominical acuden cantidad de compradores de todo el municipio, que se reúnen en un lugar junto a la plaza; en el tianguis se pueden encontrar además de los productos agrícolas, los artículos producidos por los artesanos de la localidad, alfareros, herreros y dulceros.

La comunidad está dividida en dos barrios, el de Arriba se inicia desde la parroquia hacia el oeste, el de Abajo incluye el convento, la iglesia de San José; cada uno de los barrios tiene su cementerio. Son varias las ocasiones en que la población se organiza para las fiestas, la del Santo Patrono, la de la Santa Cruz, pero sobre todo la celebración de Todos los Santos y los Fieles Difuntos alcanza grandes proporciones.

Izúcar de Matamoros

Atravesan el valle de Matamoros la vieja línea del Ferrocarril México-Puebla, la carretera panamericana en su tramo Puebla-Oaxaca, varios caminos asfaltados que van hacia Cuatla, Morelos por Atencingo y Axochiapan. Toda la región es el corazón de la agricultura cañera del estado de Puebla, de la industria del azúcar y del zapatismo, movimiento con que se ligaron los habitantes de Matamoros. En la actualidad la ciudad tiene más de 50,000 habitantes de cultura mestiza, casi sin industrias a no ser las mencionadas y algunas caleras y arroceras, está inscrita en una economía mercantilista, con una compleja organización de instituciones religiosas que regulan en mucho la vida social de la comunidad. Su disposición señala la diferenciación fundamental de las formas de vida existentes entre el centro

urbano y los 14 barrios donde prevalecen la forma semi-rural de los más cercanos, hasta los abiertamente campesinos y rurales, más alejados del núcleo de la ciudad.

De entre las grandes construcciones de la población destacan los templos de la Parroquia, Santiaguillo y Santo Domingo, estos últimos frecuentados mayormente por los habitantes de los barrios. Ahí llegan peregrinaciones a celebrar danzas de Chinelos, Moros y Cristianos y Doce Pares. En el carnaval de este barrio salen los "Huehues" a bailar como comparsas por las calles de la población.

En las afueras los templos son pequeños, cuando abren lo hacen a horas señaladas para los servicios que cuentan con el sacerdote, cuando éstos cierran quedan a cargo de sacristanes o mayordomos que los atienden el resto del tiempo, hacen oración y los tienen en buen estado. Es en los barrios donde las tradiciones tratan de mantenerse con pocos cambios a pesar del tiempo.

La fiesta de los muertos en Izúcar y Huaquechula

En el mundo prehispánico nahua, la idea de la muerte y sus repercusiones variaba de acuerdo en primer lugar a las características del ser que moría, es decir según edad y sexo, después debido a la forma de morir, ya sea por enfermedad o en la guerra. Finalmente, según las implicaciones sociales diferentes, es decir según lo que el difunto fuese: sacerdote, guerrero, gobernante o campesino sólo por nombrar algunos.

En los actuales pueblos de origen nahua podemos encontrar la permanencia de ciertas tradiciones con respecto a la muerte, con diferentes grados de aceptación de las ideas que llegaron a partir de la conquista española, muchas de ellas explican las diferentes concepciones que tienen de sí mismos y de lo que les rodea, en un organizado sistema de valores, de creencias que responden a las interrogantes del nacer y morir. Las ceremonias referentes al ciclo de vida son muy importantes, nacimientos, matrimonios y defunciones son los acontecimientos que mayor participación tienen a nivel familiar como social, de ellas vamos a referirnos a las ceremonias de los difuntos.

Ceremonias en relación al día del deceso

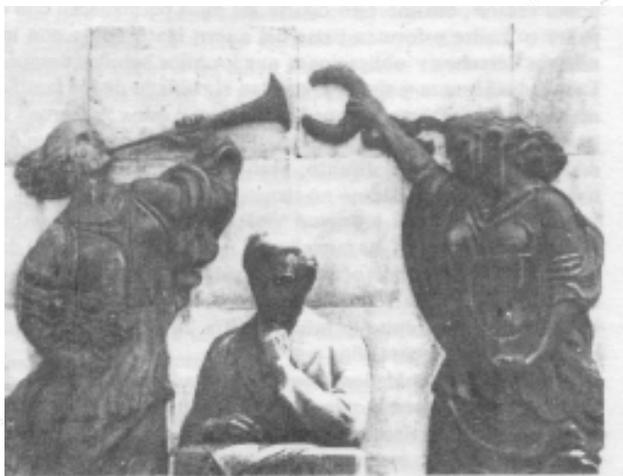
Las defunciones en sus ceremonias marcan diferencias conforme a la edad de los que mueren ya sean adultos o niños, a la forma de morir, ya sea por causa de enfermedad y vejez o por una muerte violenta. Se precisa que la gente al morir va a alcanzar el descanso eterno junto a la Divinidad suprema. Si su conducta en vida no era considerada como correcta o bondadosa, se espera que el difunto sufra el eterno castigo en el infierno.

En cuanto acontece el deceso se avisa a los familiares o personas más allegadas al difunto. Generalmente las mujeres de mayor responsabilidad limpian el cuerpo y lo visten; en las manos, que se atan con listón, se coloca un crucifijo, el cuerpo se acuesta sobre una cruz de arena y cal que se traza sobre el piso del cuarto donde se vela el cadáver; como cabecera se coloca un ladrillo rojo como los de Cholula. Después de un cierto tiempo el cadáver se amortaja con una sábana que suele estar bendita y se coloca dentro del ataúd que ha sido comprado en el centro de la población, el color de la caja identifica al menos la edad y sexo del que murió: blanco para niños, muy jóvenes y señoritas, gris para señor o señora, algunas veces negro. En

algunos entierros se han empezado a usar féretros de metal en vez de los sencillos de madera, o los forrados de tela.

Si los deudos pueden pagar, la funeraria alquila dentro de sus servicios, crucifijos y candeleros de metal, cortinajes y velos, de no ser así se improvisan los floreros y las demás cosas necesarias. El ataúd se coloca sobre una mesa, los dolientes esperan a conocidos, amigos y familiares quienes llegan a "dar el pésame" generalmente en la noche y acompañan los rezos del rosario en la noche y en la madrugada. En la noche de la velación se ofrece comida, cigarros, galletas, "tragos" de ron blanco. Junto con el pésame se deposita o entrega alguna cantidad de dinero como ayuda para los gastos funerarios. En el duelo se acostumbra decir "ya se fue", "dejó de sufrir", expresiones que revelan mucho del pensamiento de estos campesinos cuya vida está siempre enmarcada por el trabajo agrícola.

Los amigos se encargan de hacer la fosa en el cementerio, la tumba se hace de ladrillo rojo y de "catorce", es decir colocándolos del lado donde los ladrillos miden catorce centímetros. A los que trabajan en la tumba se les proporciona abundante trago y comida, puesto que no recibirán dinero por esa actividad. La fosa se cierra con mezcla de cemento, la cual ha venido a sustituir al lodo anteriormente empleado.



El día del entierro

Llegada la hora se inicia la procesión; a los del cortejo se les reparten limones con tres clavos de olor insertados con doble fin; uno que representa los clavos de la Pasión de Cristo, el otro, es más utilitario, con el fin de prevenir desmayos o malos olores que pudiera despedir el cadáver, sobre todo en los calurosos días del verano y otoño. Ya no es frecuente que se lleve el cuerpo al templo, ni que se acompañe con música durante el camino al cementerio.

En el lugar señalado para enterrar el ataúd, después de que los dolientes lo indican comienza el paleo. Hasta que la tierra cubre el féretro y se llena la fosa, se colocan flores y una cruz provisional que se cambiará por una definitiva.

En la casa donde se veló el cadáver se han puesto más flores y veladoras rodeando la cruz de cal; los deudos acostumbran servir dos veces de comer a los asistentes del sepelio, al mediodía y al regreso del camposanto; la comida suele ser de mole o pipián, chocolate, pan. A todos se les invita a los rezos del novenario que se inician esa noche.

Actividades posteriores al entierro

Por la noche del noveno día se organiza la "levantada de la cruz", que ha permanecido los días anteriores y a la cual se le han renovado flores y candelas. En la ceremonia toman parte amigos, familiares, cuatro padrinos que conforme avanzan las horas nocturnas y se rezan los rosarios, levantan uno a uno los brazos de la cruz de cal y arena, los padrinos manejan pequeñas escobillas para hacerlo, comienzan con el lado izquierdo el vertical, el derecho y finalmente la cabecera. En una cubeta se depositan arena y cal que servirán para la mezcla que fija la cruz definitiva del túmulo.

Una persona elegida por sus nexos con el que ya se fue es el padrino de la "cruz de tumba", la lleva a bendecir y se le reza en la misma noche de la "levantada". Al otro día se lleva la cruz definitiva al cementerio y se coloca entre flores, rezos y cantos. Tanto el padrino de la cruz como los de la "levantada" reciben tratamiento de compadres y sus consejos son respetados y aceptados.

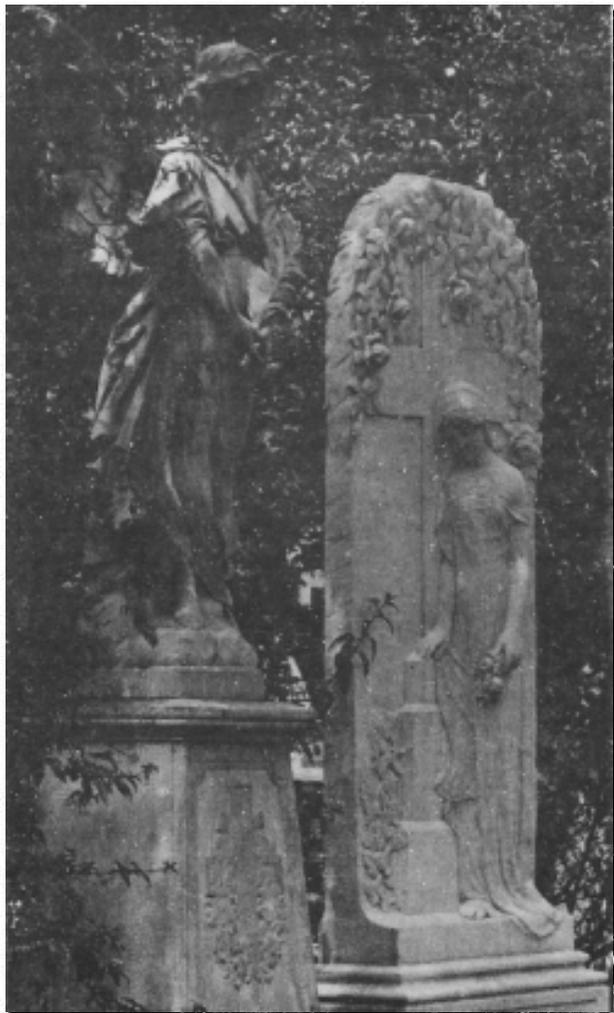
No es común que las mujeres de los barrios se vistan de negro como símbolo del duelo, los vestidos continúan en la misma forma porque "ya los conocía el difunto". Tampoco hay reglas en cuanto al tiempo que las viudas o viudos esperan para poder casarse, cuando esto ocurre los hijos permanecen con el padre o madre y forman parte del nuevo matrimonio con los mismos derechos y obligaciones que los hijos habidos después. Las viudas jóvenes y sin hijos quedan al cuidado de los familiares del difunto hasta las nuevas nupcias, a estos "suegros" se les hace la petición del nuevo casamiento, las viudas tienen derecho a los bienes del difunto, pero para la herencia, los hijos habidos después del deceso no tienen parte alguna.

Con personas que murieron violentamente, se acostumbra hacerles una cruz con las iniciales del nombre y la fecha del deceso y se lleva a donde ocurrió el accidente. Por más lejos que sea, se acude a la carretera, a las sementeras, o al lugar de trabajo. También se repite lo mismo el día 28 de octubre en que se hace la ofrenda para ellos.

Una tradición cuidadosamente conservada, se refiere a la diferencia entre las ceremonias para un adulto y las de un niño. En relación a los infantes, si bien se guarda una actitud de duelo por su pérdida, se tiene la certeza de que se convierten en "angelitos" y van cerca del Creador. Al librarse de pecados y sufrimientos en la tierra, su vida será de alegría, por eso la celebración es casi una fiesta, ante la seguridad del privilegio de los niños. El velorio de pequeños se invita a niños y a los padrinos de bautizo y confirmación y son quienes regalan caja y mortaja. Para los niños son las mismas actividades que para los adultos: novenarios, rezos, levantada de cruz, sólo que la idea de pena es menor, además de comer se regalan abundantes dulces.

Las ofrendas de los muertos

El lunes anterior al dos de noviembre se hace una compra mayor que la cotidiana, el mercado se llena de colores con las múltiples flores que adornarán la ofrenda: cempasúchil, terciopelo, gladiola, nube, crisantema, margarita; de olores de copal, de panes como hojaldras, rosquetas, pan encimado, conejos y "muertos", de dulces de alfeñique (de azúcar y clara de huevo); de frutas variadas como naranjas, tejocotes, jícamas, manzanas, plátanos machos, nueces, cañas de azúcar y de todo lo necesario para preparar los platillos que eran del agrado de los difuntos: pipián verde, mole poblano, tamales "tontos" de masa con



sal, sin carne, de *tlanipla* (hierba santa), de frijol con hojas de aguacate. Así como chocolate; los *cocoxcómitl* o sahumerios, los jarros, cazuelas, molinillos, petates. Las velas ya sean sencillas o escamadas, se compran tantos kilos o ceras que alcancen a representar todos los difuntos a los cuales se dedica la ofrenda: una cera para cada difunto.

La preparación de la ofrenda requiere de la participación familiar y muchas horas de esfuerzo para levantar el altar. Después de limpiar la habitación principal, se elige la mesa, en sus patas se amarran las cañas de azúcar completas, uniéndolas en su extremos superiores hasta formar arcos de los que penderán flores y frutas. Si la superficie de la mesa no es suficiente, se acomodan tabloncillos sobre sillas y cajas, todo se cubre con manteles o telas blancas, los frentes se decoran con papel picado de colores contrastantes. Al centro de la ofrenda se colocan los retratos de los difuntos a los que se dedica el altar, no faltan los cigarros y las botellas de aguardiente entre los platos de comida, tamales, frutas, cazuelas de mole, dulce y abundante pan; el lugar de los candeleros y ceras se intercala, pero preferentemente quedan las velas atrás.

En las paredes suelen acomodarse flores de cucharilla y algunas de las pertenencias de los difuntos. En el piso limpio y húmedo de gotas rociadas se dispone un petate para regar. Todo forma un conjunto armónico. Es importante hablar de los bellos candeleros que adornan algunas de las ofrendas de Izúcar

de Matamoros y que se mandan a hacer con los Castillo, familia de artesanos que trabaja en el barrio de San Martín Huaquechula y que por tradición familiar se dedican a la alfarería en la que todos los miembros toman parte en diferentes etapas del proceso de elaboración: trabajo de barro, modelado, cocido o decorado. Ellos adquieren el barro en San Andrés Ahuatelco, después de prepararlo lo moldean según su imaginación, calculan los arcos, las flores, las figuras y ponen los soportes que llevará el candelero. Después del secado recubren las piezas con blanco de España como base para el decorado, el cual cambia pieza por pieza. Cada artesano, a pesar de seguir cierto patrón, dibuja y pinta conforme quiere, así el resultado es único; los colores pueden ser de los naturales como el palo del Brasil y la cochinilla. En la producción de mayor volumen se usa pintura industrial. Estas piezas tienen mayor valor comercial.

En Huaquechula la instalación de la ofrenda rebasa en mucho a la familia, así se da ocupación extra a algunos artesanos que además de las labores agrícolas, de carpintería o albañilería se dedican al montaje anticipado de los altares, que son cada vez más complejos y elaborados.

Con anticipación se concerta el tiempo, el día, la comida de los que hacen los altares; las ofrendas consumen en su elaboración hasta 20 horas reales de trabajo ya que se construyen armazones de madera con tablones y polines, se realiza la instalación eléctrica de interruptores y conectadores de la corriente para las bombillas eléctricas que llegan a ser de 24 o más unidades; en la parte alta se rematan con armazoncitos de círculos y abanicos de madera. Del mismo material se hacen unos resplandores que enmarcan los cálices. Todo el armazón se recubre de tela que se ha comprado según el gusto o las posibilidades: tafeta, satín o terciopelo, la tela se cubre con estrellas, esferas, ángeles y querubines sonrosados de papel.

En las orillas de los tablones y las cajas se clavan los "barandales" troquelados en cartoncillo blanco. En la superficie de mesas y tablas se acomodan ángeles llorones de yeso, entre ellos: comida, tamales, dulces de alfeñique, panes, golosinas, las ceras escamadas. Las velas sencillas se adornan con ramos de flores de seda y moños de gasa, se colocan floreros con ramos de flores y al frente más ceras encendidas. El ambiente en la casa se logra con telas de gasa colgando del techo que forman arcos. La ofrenda presupone un ahorro constante para estas familias campesinas, ya que el adquirir los objetos y montar la ofrenda puede llegar a costar, en precios actuales, hasta medio millón de pesos.

Para los que murieron en forma violenta, la ofrenda se prepara desde el día 28 de octubre; para los niños, el día primero y para los adultos el día dos de noviembre; toda la noche del 31 de octubre, los cohetes truenan. Los niños juegan ante las ofrendas dedicadas a los pequeños, juegos como matatenas, el florón, lotería o las sillas. Todos recorren las calles del barrio tocando las puertas o entran donde hay caminos de pétalos de compasúchil desde la calle, para solicitar comida y dinero para el campanero que suena sin cesar las campanas de la iglesia. Al mediodía del día primero, cambia el sonido de las campanas, del alegre repique al grave doblar, las campanadas son el anuncio de que llegan las ánimas; todo entra en movimiento, se preparan los altares, se deshojan más flores para el camino que desde la calle conduce a las ánimas y les anuncia que se les espera, se retiran las tacitas de chocolate para cambiarlas por humeantes tazas para los grandes.

Permanecen los platitos de arroz con leche, los tejocotes en almíbar y se colocan platonos de ellos, se cambian los panecillos y dulces, las velitas, la ofrenda aparece espléndida para los ojos de los que la ven quienes esperan sea del agrado de los que

ya no están; las campanadas anuncian la hora de las ánimas de los grandes, que han obtenido el permiso para degustar el olor de las comidas, el aroma de los inciensos, el perfume de las flores, único alimento posible para ellas.

Por la noche familiares y amigos, que visitan el altar, se llevan parte de lo que se ha ofrendado, las ánimas se han alimentado, el día termina, ellas regresan al lugar de donde salieron, lo que queda se comparte, la fiesta individual se transforma en comunitaria, se envía el "bocado" en canastas cubiertas con servilletas a los compadres, familiares y amigos, después los cementerios quedarán en calma, la gente al regresar a sus labores cotidianas esperará hasta el año siguiente, sin olvidar a sus muertos, se prometen una mejor ofrenda para el año siguiente, los hijos las renuevan, las tradiciones se mantienen.

Conclusiones

El ritual utilizado por los habitantes de las comunidades descritas para el sur del estado de Puebla es criollo, como las personas que viven en estas localidades, por tanto mezcla la ideología católica con elementos de origen colonial y a veces prehispánico. En el fondo de todo este ritual está inmersa la idea de que la muerte es un descanso para el difunto. Este descanso está referido al cambio de actividades, porque no se asegura de manera mecánica un premio o castigo a la conducta que el difunto tuvo en vida; la elección entre estos dos polos se deja en

Fotografías: Rafael Chávez Martín





manos de la Divinidad suprema y dependerá de la conducta estrictamente individual seguida por el difunto.

La parafernalia está ligada a una serie de actividades sociales y rituales que se prolongan anualmente a través del recordatorio de los difuntos en las festividades de días de muertos que ocurren el primero y dos de noviembre y que son generalizadas en todas las regiones que pertenecen a los límites actuales de la llamada Mesoamérica. Las actividades y ritos inmediatos a la defunción vuelven a grandes grupos de las comunidades compuestas por parientes y amistades de la familia consanguínea y del parentesco extendido.

Desde puntos de vista urbanos, las creencias de la gente de Huaquechula e Izúcar de Matamoros, ambas en el estado de Puebla, pueden parecer atavismos culturales y gastos extremadamente elevados, pero en realidad representan la última actuación social del difunto; son también una forma de reforzamiento de la cohesión familiar y social, un elemento importante en la disminución de fricciones y una expresión de apoyo moral para los que continúan vivos.

A través de la reunión social en que participan amigos, conocidos y el vecindario, se fortifican los lazos de amistad, el sentimiento de pertenencia al barrio, por la ayuda y cooperación demostrada por cada uno de los integrantes del mismo.

Tal vez en términos económicos su costo pueda resultar muy elevado, de hecho las actividades relacionadas con la defunción son muy costosas para todos los grupos sociales en México, solamente varía la forma en que el dinero se aplica para actividades que se relacionan con el fenómeno.

El conocimiento de estas actividades sociales y rituales y la comparación intercultural no solamente enriquecen el acervo de la etnografía, también nos brindan la oportunidad de ampliar nuestra comprensión de otras culturas distintas a las nuestras.

De las ofrendas a los muertos, me quedo con el pan

Días de Muertos, cuando la alegría, el regocijo y la tristeza se conjuntan, fiesta de colores y formas para los ojos por la gran

variedad de platillos, dulces, frutas y panes que conforman las ofrendas del altar familiar.

Panes de azúcar, sal, canela, manteca; de formas geométricas, fitomorfas, zoomorfas y antropomorfas adornadas con azúcar de colores, ajonjolí o frutas curtidadas, hacen en esos días el deleite de chicos y grandes.

Historia del trigo de pan

Si nos preguntamos ¿Cuándo y cómo se ofrendó por primera vez a los muertos?, ¿cuáles eran los productos ofrendados? Tal vez nunca sepamos quién o quiénes fueron los primeros que dieron origen la costumbre de ofrendar a los muertos, pero por las evidencias arqueológicas tenemos noticias de que en épocas prehistóricas existían manifestaciones del culto a los muertos, pues algunos entierros contienen indicios de ofrendas. Tal es el caso de los hallazgos de Le Moustier en Francia. Los restos humanos se encontraron sobre módulos de sílex a manera de cama, el cuerpo fue recostado sobre su lado derecho, con la cabeza apoyada en el antebrazo como si durmiera, junto a su mano izquierda, un hacha delicadamente labrada. Los huesos que le rodeaban resultaron ser de fauna silvestre del lugar, lo cual induce a pensar que junto con el cadáver se enterró carne, con el fin de proporcionarle el sustento necesario para una nueva vida (Leakv 1981:155).

A su vez en la cueva de Shadinar en Irak, se han encontrado diversos restos humanos, por los cuales se puede inferir que el hombre de hace 60 000 años se preocupaba por el destino en el más allá. Los cadáveres en esa época se enterraban con animales y una gran cantidad de vegetales alimenticios y medicinales, como lo muestran los análisis de polen, que indican el aprovechamiento de plantas que hoy día aún se usan.

De esta manera los restos, tanto animales como vegetales, son evidencias de la dieta alimenticia propia de cazadores recolectores; esto se refuerza etnográficamente al comparar las poblaciones cazadoras recolectoras existentes en la actualidad, cuya alimentación es principalmente vegetal. En estas sociedades cazadoras recolectoras, las mujeres eran las encargadas de recoger vegetales dentro de un perímetro cercano al campamento, mientras que los productos derivados de la cacería eran proporcionados por la población masculina.

La existencia de artefactos, como las hoces, en el paleolítico superior indican que ya se cosechaban cereales mucho antes de empezar una vida sedentaria.

En lo concerniente al invento del cultivo sólo pueden plantearse hipótesis. Quizá fue la obra de la mujer; en sus manos quedaba la recolección de plantas y por lo tanto hubo de darse cuenta del desarrollo y fructificación de las mismas. Algunas semillas, al traerlas al campamento caían en el suelo semidespejado y fertilizado por los desechos dejados por los pobladores; al llegar la primavera, las plantas brotaban y se desarrollaban con rapidez. En ellas se fijaron las miradas atentas de la mujer, que les prodigó cuidados estimulando su desarrollo. El aspecto de los campamentos cambió muy pronto gracias a esas plantas cuidadas con solicitud; esparcidos en derredor crecían manchones de plantas sembradas por las mujeres, y dentro de él se estableció un nuevo régimen de vida caracterizado por el trabajo agrícola, medio más seguro de proveerse de alimento y por la habitación sedentaria. De esta suerte la mujer-madre, se hizo mujer-labrador y asumió esa doble función destinada a ser la suya en todas las grandes culturas de los tiempos antiguos y clásicos.

Entre las diversas plantas cuyas semillas se llevaban al cam-

pamento. los cereales eran los que con más facilidad se prestaban al cultivo. Su veloz desarrollo en primavera y su pronta madurez a comienzos del verano hacían cierta la recompensa de los esfuerzos empleados en cuidarlos. No se sabe a ciencia cierta cuál fue la primera planta que se cultivó; debe haber sido el trigo o la cebada, ya que ambos fueron conocidos por el hombre, en la edad del paleolítico superior. Hacia el quinto milenio antes de nuestra era, ambos cereales se cultivaban en las comarcas del noreste de África y suroeste de Asia donde había vida sedentaria.

Desde el momento en que se inició el cultivo de cereales, dos especies del trigo silvestre se propagan, la *emmer* en Palestina y la *einkorn* en Siria Meridional. La primera llegó desde muy temprano a Egipto, de ahí pasó al norte de Mesopotamia hasta penetrar en el noroeste de Irán, de donde salió la variedad llamada "trigo de pan". Dicha variedad se propagó por el Medio Oriente, Europa, la India, Asia Central hasta llegar a China. Más de tres mil años fueron necesarios para difundir el trigo de pan (Turner 1963:65-66). Durante la primera etapa agrícola de los cereales, mujeres y niños llevaron a cabo las tareas derivadas del cultivo; limpieza y cosecha, en tanto que los hombres continuaron con la cacería.

Como resultado de la invención de la agricultura, aparecieron cuando menos cuatro características nuevas de la vida económica: la división del trabajo se convirtió en aspecto importante de la producción, los hombres empezaron a practicar ocupaciones diferentes a la cacería. Dentro del hogar se originó una organización social de la producción, consagrándose tareas distintas al varón, la mujer y los niños. Y se pudo almacenar grano para el año siguiente; dentro de la nueva organización, algunos bienes llegaron a preferirse a otros por considerarse de más valor.

Cuando la agricultura pasó a ser una actividad masculina, los hombres centraron su atención en los procesos biológicos de las plantas y sus sentimientos se enfocaron en la tierra, identificando las funciones femeninas con ésta, es decir se crea el concepto madre-tierra que es la síntesis de la fecundidad femenina, de la procreación. Se inicia el culto a la tierra y en él se tiene en cuenta el ciclo de las estaciones y el desarrollo de las plantas; sin duda alguna, su idea más importante, que giraba en torno de la muerte de la vegetación en otoño y su resurgimiento en la primavera, fue la de la inmortalidad del alma. Tal concepto se expresó en forma de amor entre la tierra y algún ser masculino que tras de

morir en otoño y permanecer durante el invierno en el mundo de los muertos, se reúne con ella en primavera (*Ibidem*).

De esta manera la agricultura fomentó la formación de individuos que conservaban de un año para otro los conocimientos necesarios para conciliarse con la benevolencia de los espíritus que otorgan el don de las cosechas copiosas, y al mismo tiempo cuidaban de que el resto de la gente practicara las técnicas agrícolas convenientes.

El cultivo y la crianza de animales, vincularon al hombre con la tierra creando al mismo tiempo relaciones sociales rodeadas de un complicado ceremonial; a la vez se fortalecieron algunos ritos relacionados con las prácticas del cazador-recolector, y así crear las bases de las grandes religiones.

Con la agricultura se aceleran los avances tecnológicos, aparece la especialización por oficios: alfareros, tejedores, fabricantes de utensilios y panaderos entre otros, quienes ponen sus productos al servicio de la comunidad. Los campamentos se convierten en poblados, los que más tarde serán el inicio de



Fotografías cortesia del Museo Nacional de Antropología

las civilizaciones como la egipcia, griega y romana, y con ellas se fortalecen tanto los mitos como las leyendas.

Los griegos en su mitología mencionan a una serie de dioses relacionados con la agricultura o con los momentos principales de la vegetación: el nacimiento de la planta, su crecimiento y fructificación.

A lo largo del periodo helénico encontramos leyendas en torno a Demeter, diosa de la tierra cultivada, donde quiera que dominan las llanuras féculas, especialmente en la llanura de Eleusis no lejos de Atenas, considerada por mucho tiempo uno de los graneros del mundo antiguo. Según las leyendas griegas Demeter encarga a Triptolemo, hijo de Metanera, difundir el conocimiento del cultivo del trigo, la obtención de harina y la manufactura del pan.

Con el devenir de la historia, España llega a convertirse en un imperio y son sus habitantes los encargados de introducir en un mundo nuevo recién descubierto: América, cuya principal gramínea es el maíz.

Mesoamérica y su pan

En el siglo XVI, con la conquista española, Mesoamérica sufre un cambio en su economía y en sus relaciones sociales, se introducen nuevos productos, pero al mismo tiempo ella aporta al mundo también sus elementos culturales, de ellos los cronistas de esa época, dejaron en sus escritos diversos comentarios acerca del pan que, los pobladores del mundo recién descubierto comían en forma cotidiana o en sus múltiples ceremonias.

111 los indios comen un pan hecho de maíz. . . es un grano que nace en unas mazorcas llenas de granos tan grandes como los de los garbanzos. . . las mujeres muelen (estos granos) en una piedra hasta hacer una masa y toman un poco de aquello y lo envuelven en hojas de maíz y échanlo a las brasas, se endurece y se ha de comer caliente porque estando frío no tiene buen sabor. [De Acosta 1979:200]

Los cronistas se referían al tamal en sus diversas formas, pero también con la masa se hacían tortillas, las que hasta la fecha seguimos comiendo la gran mayoría de los mexicanos.

En el México prehispánico, la economía y por ende el ritual y ceremonias religiosas giran en torno al maíz. De los ceremoniales resaltan los dedicados a los dioses de la agricultura y las ofrendas a los muertos. De las primeras destacan las que se realizaban en honor a Tláloc, dios de la lluvia, a quien "en verdad pertenece el maíz" (Soustelle 1970:109), a Chicomecoatl, diosa de los "mantenimientos" así de lo que se come como de lo que se bebe, ella "debió ser la primera mujer que comenzó a hacer pan, manjares y guisados" (Sahagún 1975:33), "a Xochipilli, dios de las flores y Omacatl, dios de los convites" (*Ibidem* 1975:42.)

En honor a Xochipilli los mesoamericanos ayunaban cuatro días antes de su fiesta, comiendo panes ázimos, los que se elaboraban con maíz molido en seco, algunos hacían "pan de ayuno" que consistía en grandes tamales redondos, encima de los cuales iba una flecha llamada xúchitl; esta era la ofrenda de todo el pueblo (*Ibidem*, 41).

En la fiesta de honor a Omacatl, hombres y mujeres hacían de masa de maíz una figura larga y redonda, a manera de hueso, que representaba al dios; después de ayunar y tener abstinencia sexual, por la noche los principales y *teopixques* repartían aquella figura y cada quien comía lo que podía. (*Ibidem*, 42.)

Entre los mesoamericanos el comerse la representación de un dios de la agricultura, era una forma de entrar en comunión mística con la deidad, al recibir una parte de su sustancia divina dentro de sí mismos. Así también en Mesoamérica se practicaban dos ritos funerarios diferentes: cremación y entierro. Cuando se incineraba un cadáver, éste era vestido con su más hermoso atuendo, se le ataba en cuclillas, con las rodillas cerca del mentón, se envolvía con telas, se adornaba cuidadosamente con papeles y plumas colocándosele sobre la cara una máscara de piedra. Mientras resonaban los cantos fúnebres, el cuerpo, bajo el cuidado de ancianos, era consumido por las llamas. Una vez terminada la ceremonia se recogían las cenizas y se colocaban en una urna con un fragmento de jade, símbolo de la vida.

Los destinados a ser enterrados eran sepultados con un jade y tortillas pequeñas. Para ayudar al muerto a vencer las duras pruebas a las que debía de enfrentarse en el inframundo, se le daba un compañero, un perro de pelo bermejo, al que con anticipación se le había colocado en el cuello una tira de algodón, de donde debería de sostenerse el ánima del difunto cuando cruzara el río Chiconahuapan (Sahagún 1975:206). Una vez en el Mictlán, las ánimas ofrecían a Mictlantecuhtli: el papel de la tierra, teas, perfume, hilos de algodón, mantas; si era mujer, además de lo anterior, enaguas y camisas; si era hombre, un *maxtli*. Según la mitología mesoamericana, aquellos que iban al paraíso o Tlalocan nunca les faltaban mazorcas de maíz verde, calabazas, amaranto, chile verde, jitomate, ejotes y flores.

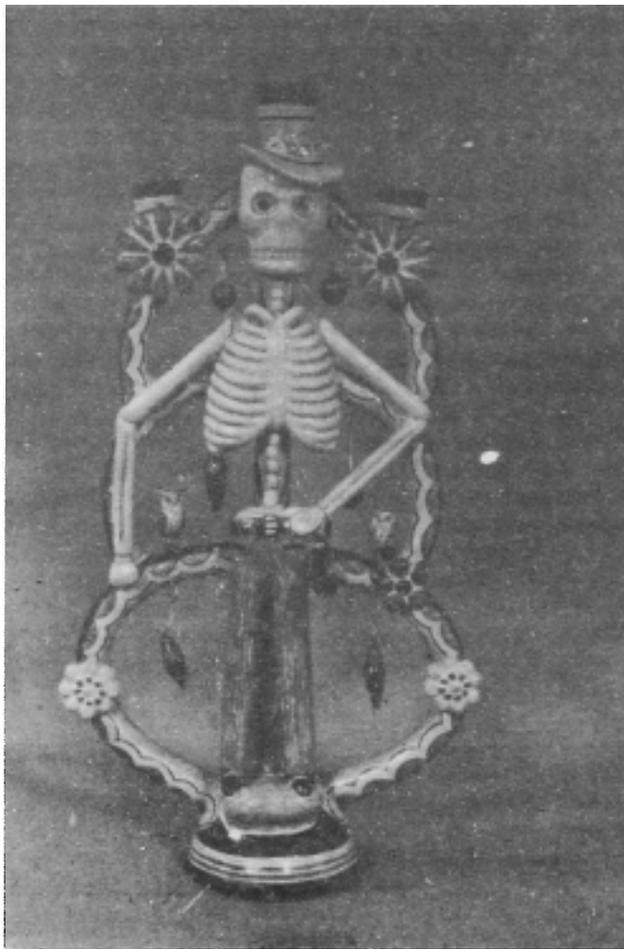
El pan de trigo en el México colonial

Los conquistadores españoles, en el siglo XVI, encontraron en tierras mesoamericanas una gran variedad de alimentos diferentes a los que ellos acostumbraban comer en Europa: maíz, chile, frijol y jitomate entre otros, por lo que una vez convertidos en colonizadores o encomenderos iniciaron el cultivo de árboles frutales, trigo, vid y olivos, pues deseaban contar con aceite, vino y pan, ya que este último era la base de alimentación en las regiones de Castilla y Andalucía.

La primera idea de los españoles fue obligar a los indígenas a sembrar trigo en las milpas de maíz. Pero las técnicas de cultivo son diferentes, su ciclo de crecimiento no concuerda, el maíz crece aprisa durante la época de lluvias; por ello los indí-

genas no querían cultivarlo. Además de desconocer su ciclo de crecimiento, si a los españoles no les gustaba el maíz, ellos deberían de cultivar su propio trigo, naturalmente, no lo sembraron personalmente, sino que ocuparon mano de obra indígena y se dedicaron a dirigir y vigilar muy de cerca los cultivos.

Algunos de los cultivos, iniciados por los españoles, no prosperaron como era de esperarse a causa de las prohibiciones gubernamentales a lo largo de la Colonia, ya que las autoridades españolas temían que la producción de la Nueva España viniera a reducir el comercio con la metrópoli e hiciera perder a la Real Hacienda sus impuestos sobre la exportación.



Ceremonias en relación al día del deceso

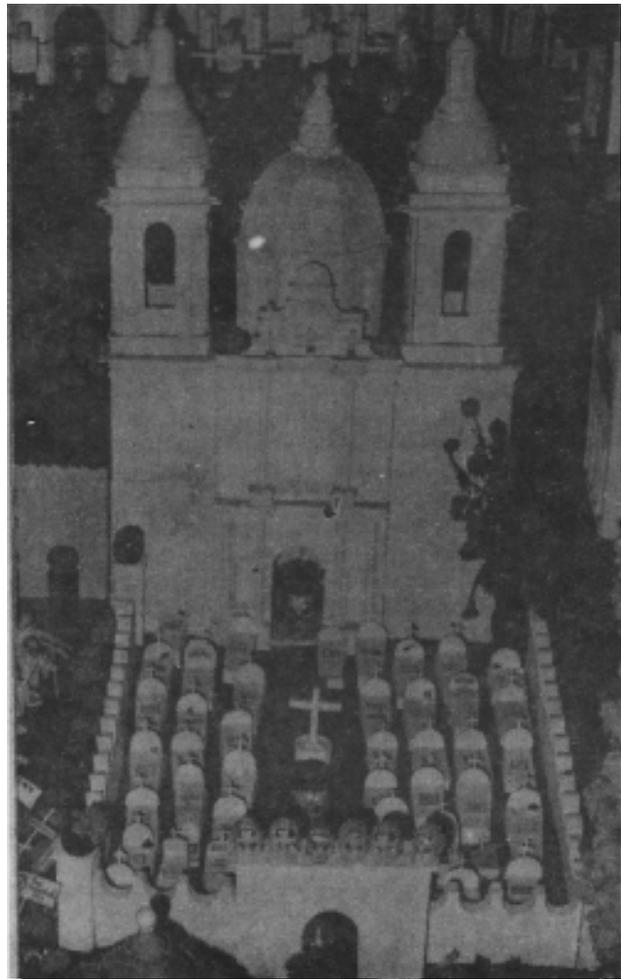
El cultivo de trigo se debió a Juan Garrido, esclavo de Hernán Cortés, quien encontró tres granos de trigo en el arroz que servía de alimento al ejército español (Gómara II:245). En 1525 se otorgan, en la ciudad de México, las primeras licencias para construir molinos en el río Tacubaya.

Por sus condiciones climatológicas, el Valle de Atlixco, en 1530, fue escogido por los españoles para la siembra del trigo, y llegó a convertirse en el grano de la Nueva España. En los primeros años, debido a la carencia de animales de tiro y herramientas, no era raro que el trigo se sembrara según la técnica tradicional para el maíz. Posteriormente se generalizó el arado y en 1597 se trajeron de España más de doce mil rejas. Cerca del último cuarto del siglo XVI, las ricas cosechas de Atlixco abastecían a la flota española con 40 mil fanegas, además su

producto se vendía a Veracruz, Yucatan, Soconusco, Cuba y Santo Domingo.

A partir de entonces dio principio, en México, la fabricación de panes y bizcochos, desde ese momento se reglamentó su precio y peso. Para tasar el pan, se exigió que los agricultores, molineros y dueños de las panaderías declararan su producción y precios. Con base en sus manifestaciones, el Tribunal Fiel de Ejecutoria dependiente del Cabildo, señalaba el peso en onzas que debía de tener el pan por el precio de medio real.

El precio de pan a lo largo de la Colonia fue siempre de medio real, lo que variaba era el peso. Durante el primer siglo, el



Fotografía: Gonzalo Gómez Cercado

peso del pan fluctuaba entre siete y 68 onzas, fue hasta el siglo XVII cuando se estabilizó en 18 onzas. El equilibrio en la producción y precios del pan se debió al gobierno, el cual buscó siempre asegurar el abasto de productos básicos a buenos precios, particularmente en las ciudades y reales de minas. Siendo las ciudades y particularmente la de México en la que se centraba la mayor demanda de pan, la intervención municipal impedía que los precios subieran. Otras ciudades importantes, como consumidores de pan, eran Guadalajara, Puebla, Querétaro, Guanajuato y Veracruz, pero sólo los españoles y algunas personas con recursos económicos comían pan de trigo blanco.

En las poblaciones nortteñas, el consumo de trigo triplicaba al del maíz, lo cual se atribuye a una preeminencia de la cultura española sobre la indígena. En ocasiones, los indígenas lleva-

dos a esas tierras como fuerza de trabajo fueron abandonando su dieta tradicional, así por ejemplo hacían uso del trigo para convertirlo en tortillas.

Desde el momento en que principia la manufactura de pan, los indígenas se inician en el conocimiento de las técnicas de fabricación, trabajo que a la larga les produce más perjuicio que provecho, debido a los múltiples abusos que sufren en manos de los españoles. De ello tenemos conocimiento por las diversas ordenanzas expedidas a lo largo de la Colonia, en ellas se pide a los panaderos no abusen de los indios, como a continuación se menciona:

... Que los indios que sirven en las panaderías son agraviados y defraudados de los panaderos, cargándoseles mucha cantidad de dineros en sus cuentas, so color de que no acuden con lo procedido del pan que les dan a vender y que hacen barata de ello... y con esto les viene a hacer cargo de ciento cincuenta pesos... y los tienen como esclavos obligados de por vida a servirles y así os mando que hagáis la cuenta de los dichos indios panaderos... con los dueños de pan. [Archivo General de la Nación, Ordenanzas II 93 V 94.]

Si bien es cierto que los indios, desde el siglo XVI han trabajado en amasijos y panaderías, hasta la fecha continúan consumiendo tortillas y tamales de maíz en su alimentación cotidiana y ceremonial; ya que el pan, desde la época colonial, es un alimento de primera necesidad "para la dieta del poblador urbano". (García Acosta 1986:3.)

Tal vez y a pesar de las diversas reglamentaciones sobre la producción del pan, es posible que los indios lo elaboraran en sus casas, para consumo doméstico y ceremonial o bien para la venta.

Para que la masa aumente de tamaño, ha sido indispensable el uso de levadura, materia prima de difícil adquisición en la Colonia debido al control que el gobierno español ejercía, lo anterior fue un factor para que los indígenas probaran la acción que contienen los "asientos" o "madre del agua miel"; al ver los resultados, pronto se emplearon para la manufactura del pan, en tanto que, en algunas poblaciones se continúa elaborando pan sin levadura.

Las ofrendas a los muertos en el presente. El pan.

En las comunidades con antecedentes prehispánicos, cuando una persona muere, se le viste con ropas nuevas y se le colocan en los pies guaraches de ixtle. Los amigos y parientes acuden al velorio y llevan presentes como: café, pan, ceras y chocolate, los familiares del difunto obsequian a los asistentes con comida y bebida. Si el muerto es un niño, es llevado al camposanto con cohetes y música. Los adultos son sepultados junto con alimentos y objetos que usaron en vida.

Al término de un año y durante las fiestas de muertos, se les recuerda haciendo un altar u ofrenda nueva dedicada exclusivamente para el difunto, o bien en el altar familiar se coloca una vela en su honor y compartirá con los otros difuntos los aromas de la ofrenda compuesta de: mole de diversos tipos, fruta de la región, dulces, pan y chocolate.

Para ello, los deudos se preparan con anticipación, adquieren: candeleros, sahumeros, juguetes, incienso y cirios. Se visita al panadero del lugar para apartar "espacio y tiempo" en la elaboración del "pan de muerto", pues dos o tres días antes del día primero o dos de noviembre, los hornos que a lo largo del año se encuentran apagados esos días "no tienen un momento de reposo", los anaqueles se llenan con hojas de lámina

que contienen panes de diferentes tamaños y formas, según la región de que se trate.

La elaboración del "pan de muerto" requiere de los siguientes ingredientes: harina de trigo, manteca, mantequilla o margarina, agua de flor de azahar, azúcar, raspadura de naranja, anís y levadura, sin faltar el huevo. Con estos ingredientes se prepara en las grandes ciudades y en especial, la ciudad de México, un pan de forma semiesférica adornado con cuatro canillas, símbolo de la muerte, la superficie se espolvorea con azúcar blanca o pintada de rosa.

En las comunidades indígenas y tradicionales, se prefieren: las "roscas de la vida", el pan "cruzado", "huesos de manteca", "cajitas", "pan de caguama", "frutas de horno", "los niños", "los animales", las figuras fitomorfas o antropomorfas.

Para elaborar los panes en forma humana, se emplea la técnica de pastillaje muy usada en la época prehispánica para la elaboración de cerámica, sólo que ahora se modelan con masa los ojos, la nariz y las orejas para ser pegadas al rostro, los panes representan aparentemente los cuerpos de los difuntos, a los cuales se les ha añadido azúcar pintada de rojo como símbolo de la vida. Esto, a su vez, es muy semejante a los hechos acaecidos en la época prehistórica ya que los cuerpos eran pintados con ocre, signo de la vida, al momento de ser sepultados.

Las "roscas de la vida" como su nombre lo indica son el símbolo del ciclo de vida, su consistencia es dura. Los huesos de manteca o "canillas" son la representación de los huesos humanos y tienen una gran semejanza con aquellos que se hacían de masa en honor al dios Omacatl. Las cajitas corresponden a los féretros usados para el entierro. Las "frutas de horno" son panes pequeños llamados así en algunos pueblos de la Sierra Hidalguense.

Después del día dos se parte entre amigos y familiares la ofrenda y todos prueban de ello.

La fiesta de muertos tiene significados diferentes para los habitantes de las metrópolis que para los pobladores de las comunidades rurales y tradicionales. Para los primeros es una fiesta que se realiza año con año, en tanto que para los campesinos, la vida y la muerte son sólo dos aspectos de una misma realidad. Tal vez ningún hombre ha estado tan obsesionado por la presencia de la muerte como el campesino, ya que para él la vida brota de la muerte, como la pequeña planta que se descompone en el seno de la tierra, tal vez por ello conjuga en la fiesta de muertos y en las ofrendas, principalmente en los productos derivados de los cereales, el amor por la madre-tierra, la fecundidad y en especial la inmortalidad del alma.

NOTAS

1 Las creencias, de origen prehispánico, en torno al camino que han de recorrer las almas para llegar al inframundo, constituyen aspectos aun muy difundidos en diversos grupos étnicos actuales. Estas creencias, aunque en diferentes versiones, se repiten en distintos grupos indígenas, como ocurre entre los huicholes (Cf. Cheffer 1983:169-170).

2 Referencias de "la vida de las almas" en el inframundo, concebida como una proyección del mundo de los vivos, son dadas por Bartolomé y Barabas (1982:129) sobre los chatinos de Yolotepec. Al respecto retienen que se cree que la morada de las almas de sus familiares corresponde a Yolotepec 9, réplica de Yolotepec y que cuando vienen en Todos Santos, lo hacen con sus propias autoridades.

3 El mito referente al "hombre que no creía en Todos Santos", constituye un aspecto muy difundido en una diversidad de variantes existente en distintos grupos étnicos (Cf. Williams, 1972:96; Ochoa, 1974:127-128; y Cortés 1975:24-39).

4 Por la tarde del día 2 de noviembre, en sitio aledaño al templo, en presencia del Presidente Municipal y otros funcionarios civiles y religiosos, la cofradía de señoras viudas de la comunidad que se encarga del

culto a la Virgen de Guadalupe, procede a elegir, de entre sus miembros, al comité (las mayordomas), que se encargará de organizar las festividades correspondientes a esa imagen.

Bibliografía

- Acosta, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Artís Espriú, Gloria, *Regatones y maquileros; el mercado de trigo en la ciudad de México, siglo XVIII*, México, CIESAS, 1986 (Col. Miguel Othón de Mendizábal).
- Bartolomé, M. y Alicia M. Barabas, *Tierra de la palabra; historia y etnografía de los chatinos de Oaxaca*, México, INAH, 1982.
- Commons de la R., Aurea, *Geohistoria de las divisiones territoriales del estado de Puebla*, México, UNAM, 1971.
- Cortés, Efraín, "Observaciones sobre el culto a los muertos en Cuilapan, Oaxaca", *Ceremonias de días de muertos*, México, Departamento de Etnografía, INAH, 1975.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1960, (Col. Sepan Cuántos).
- Chevalier, François, *La formación de los latifundios en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Dahlgren de J., Barbro, *Los coras de la Sierra de Nayarit*, México, Museo Nacional de Antropología, CAPFCE, SEP, 1962 (guión mimeografiado).
- , *La Mixteca, su cultura e historia prehispánica*, México, UNAM, 1966.
- Dittmer, Kunz, *Etnología general; formas y evolución de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- García A., Virginia "Los panes y sus precios en ciudades novohispanas", *Papeles de la Casa Chata*, año 1, núm. 2, México, CIESAS, 1986.
- González Ramos, Gildardo, *Los coras*, México, INI, 1972 (Col. Antropología Social).
- Guerrero Guerrero, Raúl, *Toneucáyotl; el pan nuestro de cada día*, México, INAH, 1987 (Col. Divulgación).
- Gutiérrez Contreras, Salvador, *Los coras y el rey Nayarit*, Compostela, Nayarit, México, s/f, 1974.
- Iglesias y Cabrera, Sonia, *El pan popular*, México, Fonart, 1982.
- Jáuregui O., Enresto, *Mesoclima de la región Puebla-Tlaxcala*, México, 1968.
- Kirchhoff, Paul, "Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Suplemento de la Revista Tlatoani*, núm. 3, México, ENAH, Sociedad de Alumnos, 1960.
- Lagarriga Attias, Isabel y Juan Manuel Sandoval Palacios, *Ceremonias mortuorias entre los otomíes del norte del estado de México*, Toluca, México, Gobierno del estado de México, 1977.
- Ochoa Zazueta, Jesús Angel, *Muerte y muertos: culto, servicio y humor de una comunidad*, México, SEP, 1974 (Sepsetentas, 153).
- Ortega S.J., José, *Maravillosa reducción y conquista de la Provincia de S. Joseph del Gran Nayar*, México, Layac, s/f.
- Scheffler, Lilian, *Magia y brujería en México*, México, Panorama Editorial, S.A., 1983.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.
- Turner, Ralph, *Las grandes culturas de la humanidad. Ciudades antiguas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.
- Ward, S., *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Williams García, Roberto, *Mitos tepahuas*, México, SEP, 1972 (Sepsetentas, 27).